Antonio Ortuño

CUENTOS

La señora Rojo

Los relatos de *La Señora Rojo* señalan lo delirante de la realidad e iluminan la realidad por medio del delirio. Sus personajes se abandonan a sus pasiones al tiempo que las cuestionan e ironizan sobre desdichas, rivales, amores, triunfos y, por encima todo, sobre sí mismos. Un guardia aeroportuario se convierte en un enloquecido teórico de la seguridad nacional. Un profesor responde a balazo limpio el activismo de sus alumnos. Un padre de familia ve su rutina arruinada por una invasión de tortugas. Un director porno descubre en su propio equipo a la estrella ideal. Un hombre que jamás combatió a los invasores se yergue como líder del pueblo que celebra el final de la ocupación. Una mujer traiciona a su marido, hechizada por los encantos de El Mago Que Hace Nevar, pero el cornudo se alista para librar una guerra sobrenatural…

Antonio Ortuño

La señora Rojo

ePub r1.0
Titivillus 19.05.2023

Antonio Ortuño, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Olivia

A Natalia y Julia

I. La carne

AGUA CORRIENTE

Ustedes no recuerdan, no saben siquiera, que mi familia fue pobre. *Pobre* significa refrigerador vacío, cuentas sin pagar, caminata de una hora a la escuela porque no había dinero para el autobús —si es que iba a la escuela: era fatigoso embrutecerse con las cenizas de educación pública que recibía—. Recuerdo la ropa llena de costuras, los zapatos remendados con clavos apuntando en todas direcciones. Había que caminar lento con ellos, como quien lo hace sobre una cuchilla.

Mi madre, secretaria seca y estricta, se esforzaba por hacer llevadera la derrota de haber sido abandonada por el marido con un hijo pequeño y otro imbécil. Algunas noches traía pan y leche a la casa. Otras no. Durante mucho tiempo le ayudé a cocinar la cena, insólitos menús compuestos por sobras. Harina pasada, por ejemplo, con la que confeccionábamos crepas que incluían un guiso resucitado del domingo —era ya viernes— y el contenido de una lata con la fecha de caducidad poco clara.

No había energía eléctrica casi nunca: cenábamos a la luz de una veladora y disputábamos partidas de cartas. Algunas noches mi hermano aullaba, entre convulsión y convulsión. Otras, se removía calladamente o conseguía dormir en paz. Prefería los ataques repetidos porque daban oportunidad de reacomodar las cartas y derrotar a mi madre. No sé por qué me parecía que ese detalle reforzaba mi dignidad.

Agua corriente nunca faltó. Eso ayudaba a que fuera sencillo limpiar la sangre que le escurría a mi hermano de la boca cuando se despeñaba por la escalera o caía en mitad de un pasillo y se machacaba la cabeza contra las esquinas de los muebles. Tenía la cabeza tan remendada como la ropa. Fui capacitado, desde pequeño, en las más variadas técnicas de enfermería. Sabía vendarlo, inmovilizarlo, ponerle la antitetánica y llamar a la

ambulancia. Al salir por la mañana cerrábamos la puerta con llave y rezábamos por no encontrarlo muerto al regresar.

Solía demorar mi regreso. Me proveía de pan y una botella de agua y al salir de la escuela me largaba a un parque público en compañía de alguno de los libros que mi padre no alcanzó a llevarse en su escapatoria y que se apilaban, polvorientos, al fondo del corredor. Languidecía hasta el atardecer y sólo entonces me apresuraba a volver, para que mi madre me encontrara, admirable, alimentando al imbécil.

Era religioso, entonces. Huía de la escuela para refugiarme en templos vacíos. Hacía confesiones apócrifas a los sacerdotes. Asistía a las ceremonias, conmovido; llegué a comulgar cinco veces en una mañana. Rezaba para que sucediera algo prodigioso que me apartara de mi familia o resolviera nuestra miseria.

Ustedes no saben o han olvidado lo que significa creer. Todos los acontecimientos, incluso los nimios o sobre todo ellos, se interpretan en clave mística. *Cuál calle será la que Él espera que tome en mi evasión*. Eso se piensa. *Qué camino debo elegir, cuál es la ruta que me alejará de la secretaria y el imbécil*. Elaboro. No se piensa así. Sólo da la idea.

Una noche, mientras mi hermano dormitaba y mi madre miraba la televisión —había conseguido liquidar la factura de la luz— encontré, entre las páginas de un libro, una hoja de papel amarillenta, doblada en dos. Una receta médica con mi nombre impreso en la cabecera. No mi nombre: el suyo —el mismo—. Descubrí, así, que mi padre era médico y sostenía un consultorio. Sonaba a dinero. Metí el libro a la mochila. Esperé a que mi madre durmiera y tomé su cartera por asalto. Para mi sorpresa, rebosaba de billetes. Tomé uno y lo escondí.

Esa mañana no fingí caminar a la escuela. La dirección de la receta había de buscarse al norte de la ciudad, en una urbanización que lindaba con el bosque. El billete escondido en mi bolsa valía lo necesario para ser cambiado por el botín de monedas indispensable para el viaje. Hice la transacción en una tienda de abarrotes luminosa, amigable y lejana. La mujer de la caja me sonrió. Una criatura avejentada y simple. Mentí: dije que mi padre quería cambio. Ella me hizo una caricia en la mano al entregarme el dinero. *¿No quieres trabajar? Necesito quien me ayude*. Voz de

víbora, la suya. Febril, me fui de cabeza a un templo. Confesé pecados abominables por los que mi penitencia no tendría fin.

Tomé el autobús. Una hora por rumbos desconocidos y muros cada vez más altos que me condujeron a las cercanías de la dirección que buscaba. Deambulé por avenidas rodeadas de pinos y mansiones y diez veces me vi, ante la caseta de vigilancia que custodiaba una callejuela privada, impedido de proseguir. No tenía ánimos para pedir señas a los guardias privados que miraban con sospecha mis zapatos claveteados y las rodillas —raídas, como las suyas— de mis pantalones.

Logré, al fin, dar con el sitio: una pared y una enredadera enmarcaban un portón de madera y un letrero sobredorado. Mi nombre. El de mi padre. No llegué a llamar. Di una mirada al número telefónico que ofrecía el letrero y escapé. Dejé pasar el resto de la tarde en el parque de costumbre. Pensaba. Qué se le dice a un desconocido, como él, para abrirle los bolsillos. Fingiría interés por conocerlo. Simularía angustia por la salud de mi hermano. Nunca antes había visto aparecer la luna desde la hierba.

Las luces de casa, encendidas todas. Abiertas las ventanas. Mi madre, llorosa, derrumbada en el escalón de la puerta. La confortaba la vecina. No, no había llegado tan tarde como para provocar semejante escena. Era culpa de mi hermano. Mi madre volvió del trabajo y lo encontró al pie de la escalera, sangriento como una espada. La ambulancia se lo había llevado ya.

Mi madre me abrazó. La vecina tuvo el gusto de retirarse. Dediqué la noche a pensar en Dios. ¿Era *este* el milagro? Extraños caminos, los suyos. Quizá no habríamos de compartirlos, después de todo, Él y yo.

Reconocí a mi padre en el funeral porque mi madre se afanó por ocultarse de él. Era bajo, calvo y barbado: el único con apariencia médica del lugar. Me abrí paso entre parientes aburridos y vecinos indiscretos y lo enfrenté. Me saludó con voz cobarde. *Me dicen que eres mi hijo*. Sólo eso, después de quince años. Señalé hacia la calle y salimos.

Aparenté con éxito el abatimiento y la tristeza que se esperaban. No lo miré a la cara: posé la vista en la estela de un avión que se perdía. *Quisiera hacer algo*. Eso dijo él, como si los quince años pudieran ser reparados como unas suelas claveteadas. *No tengo*

zapatos, dije con una convicción que me honra. *Sólo estos*. Mi voz de víbora.

Mi padre cerró los ojos. Eso hacía mi madre cuando la acosaban con pedidos de dinero: bajar los párpados antes de ceder. Pero era este un gesto distinto. Mi padre sentía pena. Excelente. Crucé los brazos para mostrar las zonas más carcomidas del suéter. Debí exhibir también la más ennegrecida muela al fondo de mi boca.

Que tu madre no sepa. Eso dijo al entrarme el dinero. *No se lo des. Gástalo*. Revisó, a izquierda y derecha, que nadie nos viera. Me dio, además, una tarjeta de su consultorio. *Ven a verme*. Caminó hacia un automóvil y huyó. Mi madre apareció entonces, acechante. Presentí su agrio perfume de secretaria y di un espectáculo: hice pedazos la tarjeta de presentación, escupí esos pedazos. Convencida de haberme visto rechazar al Satán que la abandonó, ella me abrazó y condujo adentro. Se veía mal, afectada por la palidez que poseen los que pierden un hijo. Pero orgullosa del vivo. Como debe ser.

No necesitaba aquella tarjeta de mierda. Conocía la dirección y el teléfono lo había memorizado. Dejé pasar unos días. Llámenlo luto, aunque ustedes no tienen idea de lo que hablo. No han cuidado a un hermano imbécil ni han llorado al recordar que alguna vez rio. No es que yo lo hiciera, llorar. No lo acostumbro.

Mi madre trabajaba aún: se vestía cada mañana y jugaba a las cartas por la noche, aunque ahora había luz. Cerramos la habitación de mi hermano y no volvimos a hablar del asunto. Ni lo haré tampoco, ahora. ¿Qué hice? Preparé el terreno. Mentí: le dije a mi madre que había pedido trabajo en una tienda de abarrotes y lo había obtenido. Nuevo destello de orgullo. Decretó que no le diera un centavo, que me comprara ropa, juguetes, cosas. Nada específico. Así: cosas.

Azúcar. Hablan del alcohol o la cocaína y olvidan el azúcar. Tenía poco más de quince años y mi idea del exceso no superaba la comida y las compras. Nunca conté los billetes que me había dado mi padre: iba a darme más, después de todo, y no valía la pena perder tiempo con matemáticas cuando podía comprarse ropa.

(La playera del equipo favorito. Una. Otra. Tres. Camisas. Dos, mil. Pantalones, todos. Zapatos nuevos, cinco pares en tiendas distintas. Nunca hay que tardarse demasiado en una sola, ni detenerse ante un escaparate: hay que correr de caja en caja,

dilapidando el dinero tal como el padre ordenó. Luego, volver a la casa y ataviarse. Mejor esta camisa. O quizá aquella. Guardar todo cuidadosamente. O no: tirarlo al piso y gozar el olor de las cosas nuevas).

Una hora después de mis compras estaba de vuelta en el centro comercial. Comencé a buscar dulce: todo el que pudiera mascar. Basura que no volvería a comer. Helados de dos pisos con coraza de nuez, chocolates rellenos de licor. Malteadas como océanos. Pan con forma de hueso y tres dedos de glaseado. ¿Han oído hablar del dulce? No: ustedes no saben lo que es morder azúcar con toda la extensión de la boca.

El dinero da felicidad pero el azúcar concede euforia. Entré al cine y me cambié dos veces de sala, sin terminar ninguna de las cintas entrevistas. Compré una mochila y la llené de objetos que encontraba atractivos: un libro de pastas de color uva, una pistola de goma idéntica a las reales, un mapa de la ciudad. Por una ventana lateral descubrí que la noche se acercaba. No temí: había que enseñarle a mi madre a entender mis horarios.

Subí a un taxi y le di la dirección de la tienda de abarrotes. Estaba lo suficientemente lejos de la casa como para que mi madre no pasara por allí y tampoco tendría que caminar demasiado para llegar. Si es que volvía a caminar, porque el taxi era veloz, silencioso y fresco. Como la mujer de la tienda. Sonrió al verme. Mi boca era el túnel por el que salió una voz desbocada de azúcar. Le dije que quería trabajar, que me gustaba su tienda luminosa, amable y lejana (un niño no dice eso, nadie dice eso, es sólo una versión adecuada). Nunca antes hablé con voz soberana. Nunca antes quise un empleo. Pareció satisfecha. Me dijo que era hora de cerrar pero que podía acompañarla a la bodega. Masqué un pastelillo de chocolate mientras la mujer echaba el candado y apagaba la luz, bamboleando el trasero como una promesa.

La bodega era estrecha, irrespirable. Me tocó en cuanto entramos. Yo hice lo mismo aunque no sabía cómo —ustedes tampoco: tendrán a su disposición cuerpos simples, parecidos al propio; nunca el de una vaca que los triplique—. La boca me sabía a azúcar. Ella testificará.

Cuando comencé a reír preguntó si estaba borracho. Hablaba todo el tiempo, hasta que uno lograra hacerla mugir. Y costaba.

Meterse en ella era como sumergir los pies en sopa. Escuché esa frase después pero la comprendí enseguida. Ustedes, desde luego, no entenderán nada.

Quisiera contar que lloré allí mismo, inclinado sobre su trasero o después, a salvo, en el hombro de mi madre. Quisiera decir que rechacé los sobornos de mi padre o siquiera que volví a la escuela, hice amigos y tuve una novia. Pero es absurdo recurrir a la mentira cuando uno ha decidido no presumir de bondad alguna. No lloré entonces ni lo hago ahora. Seguí recibiendo el dinero y exigiendo bonificaciones en fechas importantes (el cumpleaños, el aniversario de la muerte del imbécil). Volví a la escuela, después de un tiempo, cuando me aburrí del empleo. Y conocí mujeres. No puedo quejarme. Tampoco tengo una declaración final que hacer.

Quizá esta: ya no me entusiasma el azúcar.

FELICIDAD

«Conocí a la mujer de mi vida antes de que nacieras. Tu hermano era pequeño entonces». Eso dijo mi padre. Contuvo sin garbo la tos y engulló la saliva que obstruía su gañote. «Apenas cruzamos palabra el primer día. Pero nos encariñamos luego hasta el punto de enfermarnos si nos alejábamos».

«¿Y qué sucedió?», pregunté con más compasión que interés, acomodándole la cabeza en los almohadones y ayudándolo a enderezarse en el lecho hospitalario. «Tu madre lo notó enseguida y me desanimó. "La gente con hijos no debe divorciarse", me dijo. Tenía razón. Las felicidades se baten a duelo y una de ellas debe morir. En mi caso, el matrimonio y la paternidad aniquilaron la felicidad que ofrecía la mujer de mi vida: le hice caso a tu madre y nunca volví a verla».

Dijo esto y se abandonó a la inconsciencia. Estaba pálido y mal rasurado. Me aseguré de que el suero fluyera a sus arterias y el oxígeno a sus pulmones y salí de la habitación. No me enamoran los hospitales. Tampoco acostumbro dedicar pensamientos a palabras como *felicidad*.

Mi madre merodeaba por la cafetería. Levantó las cejas al verme, preguntándome por la salud del marido, aunque sin vocalizarlo. Eso jamás. «Me contó lo de la mujer de su vida. Al menos esa historia no la había oído antes», le dije. Ante ella, solía escenificar un papel de fastidio permanente por todo lo que tuviera que ver con mi padre. Esa farsa me había evitado las largas charlas de desengaño dedicadas a mi hermano. Reconocí desde pequeño que mi padre era la mierda más repulsiva del planeta. ¿Para qué rebatir una idea tan útil a la convivencia familiar?

Mi hermano vino a relevarme por la noche, en cuanto lo dejaron salir del trabajo. Llegó preparado para una velada de amor filial: un libro, ropa cómoda, revistas viejas para tener a mano si nuestro

padre era atacado por el insomnio. «Pasó un día pésimo. Me contó tres veces la misma historia y no me reconoció durante parte de la mañana. Deberías pedir que lo seden», recomendé, aunque sabía que no aceptaría mi consejo. Esperaba beberle palabras de sabiduría incluso en el lecho de muerte. Su elusiva muerte, hay que decir. «No pasarán más de quince días», había pronosticado el médico cuando ordenó la hospitalización. Pero tres semanas habían llegado y marchado sin que los pulmones de mi padre dejaran de cumplir su labor.

Desayuné con mi madre en la cafetería del hospital antes de relevar a mi hermano. Parecía irritada. No puso atención a lo que narré mientras tomaba el pan con café —anécdotas sin interés sobre enfermeras y médicos—. «Ahora es irreversible y debería decirles todo», dijo, repentina, cuando apuraba el cigarro final. «Lo de tu padre entonces. Y lo mío entonces. Sobre todo lo mío».

Presentí confesiones. Pero ya había desperdiciado mis vacaciones encerrado allí y no deseaba convertirme ahora en recipiente de su culpa. «Habla con Pablo. Le diré que baje. Estoy retrasado y querrá desayunar», pretexté antes de meterme al elevador y evadirme de los blancos dedos de mi madre, que me llamaban.

A mi hermano le ordené que la viera en la cafetería. Le costó trabajo soltarle la mano a nuestro padre, que resollaba como un tren expreso. «Cuídalo», susurró mientras recogía sus revistas. Revisé las cánulas del suero y el oxígeno y me eché a dormir. Y lo hice hasta que alguien me despertó sin delicadeza. Una enfermera de pechos grandes como panes. «Su madre tuvo un colapso. Debe ir a urgencias».

Apenas entendí la noticia mientras nos abríamos paso hacia allá. Eludimos mujeres con pañales adultos bajo las batas y ancianos cerúleos y frágiles que aparecían por decenas a nuestro paso, como un ballet decadente y espantoso. Mi hermano lloraba, agazapado en la entrada de un quirófano. Una enfermera lo reconfortaba ofreciéndole una píldora calmante.

«Estaba mal desde que mi padre fue desahuciado». Eso expliqué al director del hospital, en su oficina, mientras firmábamos los papeles que autorizaban cremar los restos.

No era el momento para preguntar a mi hermano si había

llegado a confesarle algo antes de morir. La mesera de la cafetería, cuando me servía el desayuno del día siguiente, refirió que mi madre, instalada en una mesa del rincón desde nuestra llegada al hospital, gastaba el día en murmurar y fumar, corroída por alguna idea perversa, recurrente. Omití otras indagaciones.

Mi padre murió días después. Fue sepultado junto a mi madre, en la cripta familiar. Su lápida decía: «Fueron felices y dieron felicidad». Pienso que mi hermano la compró escrita. Espero que a buen precio.

El Día del Amor

Mi amor de adolescencia me traicionó con un artista. Un fotógrafo de talento pasmoso. Yo había desertado de la escuela, de tres escuelas distintas, pero quería estudiar fotografía —es decir, retratar mujeres desnudas— y me anoté en un curso que promocionaban en los diarios. Mauro se llamaba el profesor, un tipo renegrido y gordo que había pasado tantas hambres de joven que procuraba, cada vez que se pudiera, desayunar tres veces antes del almuerzo.

Mi novia era una chica de altos vuelos intelectuales. En la cama te permitía cualquier cosa. Entramos juntos al curso y de inmediato nos hicimos amigos de Mauro, tan rollizo, parlanchín y coqueto. Lo invitábamos al cine o, mejor, nos invitaba él a beber ron a su estudio, una azotea decorada con poco gusto y menos dinero, abarrotada de sillones chamagosos y revistas polvorientas. Analizaba Mauro mis torpes instantáneas, bebía ron, prodigaba halagos a mi novia, la abrazaba hasta el sofoco y en ocasiones, borracho, robustecía su vanidad comparándola con las modelos de sus revistas.

Llegó el Día del Amor. Subí a la azotea de Mauro y los vi a través de la ventana. El gordo le introducía con bastantes cuidados un miembro demasiado pequeño en la vagina y un dedo demasiado grueso en el culo. Mi novia gemía. Todavía soy capaz de verlos en esa postura si cierro los ojos. Todavía cierro los ojos. Jamás he visto un mohín como el que colgaba de la cara de mi novia. Tampoco un arrepentimiento tan sincero como el que mostró el fotógrafo cuando le referí el asunto, al día siguiente.

—Lo digno será dejar de hablarnos —dijo con su voz de comediante enronquecida por las lágrimas.

Lloré con él y lo abracé al despedirme, pero al bajar a la calle comencé a decirle Gordo Hijo de Puta. Así he seguido llamándolo

hasta ahora.

Lo que el Gordo Hijo de Puta no sabía, lo que yo supe algún tiempo después, era que mi novia llevaba consigo una cámara portátil. Sus escarceos sexuales, pues, fueron inmortalizados en color sepia y exhibidos durante el ciclo de Nuevas Propuestas Visuales de la escuela. Mi nombre y el del Gordo aparecían en los agradecimientos, junto al de media docena de tipos que tendrían sus propias escenas, sus propios rencores.

Mi relación con la fotógrafa, sin embargo, subsistió. Seguí visitándola y acompañándola a la escuela incluso tras abandonar las clases. Seguí yéndome con ella a la cama y besándola en la boca como si sus retozos con el Gordo Hijo de Puta la hubieran dotado de un atractivo invencible. Nuestras pláticas, siempre banales, adquirieron tintes de revelación. Le oí narrar detalles prodigiosos sobre menstruaciones, excitaciones, desencuentros con padres, hermanos, amigos. Todo soporté con paciencia rumiante.

El siguiente Día del Amor le regalé un cachorro color chocolate. René, así lo bautizó. Me encargué de hacerlos pasear por decenas de lugares pintorescos, me afané por adquirir suéteres tejidos y zapatos a medida para el animal, por fotografiarlos juntos y felices y hacerlos mutuamente entrañables. Finalmente, un retrato de René fue exaltado a un marco y colocado sobre una carpetita tejida junto a la televisión de la sala de mi novia.

Eso esperaba.

La noche siguiente a la ascensión de René a los cielos del cariño, me excusé de quedarme a una cena que se me había anunciado con toda anticipación. Mientras los padres de mi novia buscaban un recipiente plástico para que llevara a casa unos trozos de la carne que sería servida, me deslicé a la cochera. Amarré la correa del perro a la defensa de mi automóvil. René, animal por lo general vociferador e irritante, tuvo el tino de permanecer callado. Me despedí de mi amor —ella me besó rutinaria y torpemente— y salí.

En el retrovisor vi el manoteo de la chica y sus padres, pero ya doblaba la esquina y aceleraba. René aulló. Era irremediable. Crucé tres calles antes de que un automovilista me comunicara a gritos, como si yo no lo supiera, que la correa con el rastro rojo y negro pendía de mi defensa. Me detuve y le tomé a la carroña no menos de cuarenta instantáneas.

Las revelé en la paz del hogar. Las introduje en un sobre de color chocolate y las eché al correo. Luego de un par de días llamé a la chica. Lloraba. Atinó a tacharme de loco furioso, de pervertido.

—Tú eres la perversa. Te metieron el dedo en el culo —supe refutar.

El Gordo Hijo de Puta terminó por hacerse famoso. Ha ganado tres premios del Salón de Otoño, cobra en las mejores revistas y es envidiado por cualquiera de los que fatigamos una cámara por estas tierras. Sé que conserva su estudio en la azotea, sé que aún se encuentra allí con mi exnovia. Los veo a los dos, puntualmente, en cada ciclo de Nuevas Propuestas Visuales. Me gusta verlos juntos. Admiro cada día más al Gordo. Me enorgullece que haya sido mi mentor. Sus fotos, debo aceptarlo, son admirables. Y aunque me provoca pudor afirmar que soy un buen alumno, lo cierto es que he conseguido algunos retratos atinados. Como estos, de René, que contemplo extendidos sobre mi mesa y ustedes, naturalmente, no verán.

La señora Rojo

En mi jardín hay una tortuga del tamaño de una mesa. Agoniza, hace días, bajo el ventanal. Nunca me han entusiasmado los animales, pero las tortugas tenían ante mí el prestigio de la mudez. Pues no: hacen ruido. Esta, al menos, emite unos gemidos que complican el sueño y arruinan el desayuno.

Mi mujer y las niñas la riegan por las noches y le ofrecen comida. La bestia, lánguida, masca la lechuga pero al poco rato la vomita, convertida en una pasta sangrienta que hay que disolver a manguerazos. Las niñas parecen considerar gracioso el proceso y han comenzado a entregarle apios o coles a nuestras espaldas con el resultado de que su cuerpo está rodeado, ahora, por un círculo de hierba calcinada por el producto de sus náuseas. Además de afearnos la vista, la alimaña nos destruye el zacate.

Amo este clima.

Cientos de tortugas llegaron a la ciudad en los meses pasados. Casi todas fueron inmediatamente atropelladas, o lanzadas al vacío desde los puentes peatonales (y, consecuentemente, atropelladas), o utilizadas como tambores por los muchachos del tianguis cultural (decoradas, claro, con telas de colores, como bailarinas de salsa) y convertidas en sopa en los barrios periféricos y en más de un fraccionamiento amurallado.

Comprendo y aplaudo a todo verdugo de tortugas: si no fuera un sujeto esencialmente holgazán, como soy, saldría ahora mismo al jardín y arrastraría al monstruo a la calle para que lo atropellaran. Pero como no tengo la menor intención de llenarme los pantalones de sangre y vómito, me limito a mirar cómo la riegan, aprovechando las dos horas de agua que nos corresponden por las noches. Si viviera, mi padre diría: «Trabajas todo el día para que tu agua la aproveche una tortuga desahuciada. Eres un imbécil».

Trato de leer el diario, pero estoy harto de las noticias sobre

animales que van a morir en sitios en donde ni siquiera se suponía que vivieran. De cualquier modo, la tos de la bestia tampoco permitiría avanzar en el libro que abandoné desde su llegada. Nadie sabe por qué están en la ciudad. Algunos sospechan del clima. El delirante calor debe ser bueno para las tortugas delirantes.

Una mañana, descubro que las niñas hablan con familiaridad de una Señora Rojo e intercambian risitas. Alarmada, mi mujer me confiesa que bautizaron de tal modo al animal, aunque su sexo sea una conjetura. El Rojo es por la sangre, claro, que ahora sale de su boca a borbotones hasta cuando no se le da lechuga.

Eso significará que el fin se acerca, quizá, pero mientras la muerte vacila, mi jardín y la zona de la casa que se asoma al ventanal han comenzado a apestar. Temo que los camiones asignados por el gobierno para recoger los cadáveres me multen por mantener con vida este filete en putrefacción.

Mis miedos se consuman. Una noche, al llegar del trabajo, me encuentro con que un agente ha adherido una multa al caparazón de la Señora Rojo. ¡Setecientos pesos! Por ese precio habría podido rentar un carro alegórico que le diera dos vueltas por la ciudad. En venganza, le ofrezco dos lechugas como cena y subo el volumen del televisor cuando le comienzan las arcadas. Ojalá le duelan.

—Dele a beber un poco de cloro —me sugiere el vecino, a quien consulto cuando lo veo sacar un cadáver en una bolsa negra—. Con un vasito que le haga pasar, se deshace del bicho.

Pero la Señora Rojo es tan lista que no bebe el cloro, sino que lo escupe cuidadosamente en mis zapatos.

El interés de las niñas decae, lo mismo que la compasión de mi mujer. Ahora, unas y otra se quejan del olor y me hacen responsable del bienestar de la cosa. Me empujan a llamar a un veterinario o, insinuantemente, a lanzarla por encima del muro, hacia el jardín del vecino.

La segunda idea no parece mala, pero para levantar semejante montaña de aletas y carey se necesitan unas fuerzas hercúleas que no poseo. Tropiezo al abrazarla: la bestia, presionada como un inyector de salsa, vuelca el contenido de su estómago sobre las perneras de mi pantalón.

Los días se vuelven oscuros. Pierdo de tal modo el hilo de las noticias —cómo leer diarios, cómo mirar el televisor a unos metros

de donde la Señora Rojo tose— que me toma por sorpresa la llegada del grupo de biólogos de la Universidad.

—Reportaron una tortuga enferma.

Bendigo mentalmente al vecino. Las niñas imploran que no la entreguemos, pero yo recompenso a los biólogos con quinientos pesos y un vaso de agua para cada uno.

Nuestra primera noche de paz es estupenda. Regamos la zona de hierba quemada y removemos la tierra. Acostamos temprano a las niñas y mi mujer se pone el camisón transparente. Dormimos a la perfección.

Me despiertan gritos de alborozo.

—¡Papá! ¡La Señora Rojo está en el jardín!

Mi mujer cubre su desnudez con una precaria sábana. Yo me envuelvo en otra, como un cónsul romano, y a toda prisa acompaño a mis hijas, que me tironean las manos, ávidas por guiarme.

No es, desde luego, nuestra vieja Señora Rojo. Es un ejemplar mayor, pesado y enfermo, llegado quién sabe cómo a mi hierba. Huele como un batallón de Señoras Rojo en agonía.

¿Dónde puse la tarjeta de los biólogos?

Carajo.

Amo este clima.

MASCULINIDAD

Lo primero que exigió Paz, cuando nos casamos, fue que no siguiera gastando el dinero como un rajá en el alcohol y los discos que solía. Mi obligación principal era pagar la renta, las cosas de la niña, pañales, leche, ropa, esas minucias.

Yo sufría la inagotable humillación de trabajar de noche. Permanecía en la redacción del periódico hasta la salida del sol o hasta que estuviera listo el suplemento del mundial de fútbol. No recuerdo apenas nada de esa época: sólo el sabor de la sangre y la escena del primer gol, que sería desastroso.

Había sido una noche pésima. Los reporteros se pusieron a jugar con un balón en un pasillo mientras esperábamos la transmisión de la ceremonia inaugural y, a consecuencia de un pase inepto, demasiado alto, rompieron un florero que derramó su agua sobre una impresora, arruinándola. Mientras los regañaba y me incautaba el balón, nos perdimos la entrevista con el presidente de la federación nacional que teníamos que robar de la televisión para hacer una nota, porque nuestro enviado al mundial no podía con todo: tenía que observar el partido, descifrar el idioma del país anfitrión y buscar recibos de consumo que justificaran sus formidables gastos en prostitutas.

Inventé dos párrafos de declaraciones del presidente de la federación, que resultaron idénticas a las originales cuando pudimos contrastarlas, y mandé que los intendentes se llevaran la impresora arruinada al taller. Como era de madrugada y los intendentes ya no estaban, ordené que los reporteros limpiaran el desastre. Apagué la cafetera a manera de medida punitiva. Satisfecho, me concedí la última taza caliente de la jornada.

—Tienen que aprender a ser hombres —les dije a los llorosos cuando trajeron la queja del mal sabor del café frío.

Rómulo, el más subversivo de mis inferiores, intentó refutarme

invocando la antiquísima relación entre el juego y la masculinidad y citando a Píndaro como ejemplo. Me disgustó tanto su pedantería que lo obligué a aceptar una apuesta desventajosísima para el partido inaugural: me reservé al campeón del mundo y le dejé como adalid al oscuro equipo africano que lo enfrentaría. Rómulo se indignó y citó a Spinoza, a Salvador Allende y a un samurái. Le permití, benévolo, revolverse dialécticamente durante unos minutos. Luego amagué con endilgarle la reparación de la impresora si no se callaba.

—Es mucho dinero el que apuestas —gimió antes de elegir el silencio.

Lo era. No recuerdo cuánto, quizá la mitad de su semana. Lo merecido por amotinarse.

Me quedé sin café en la primera mitad del partido, así que tuve que mandar que encendieran la cafetera de nuevo. Los ánimos mejoraron. Me puse a juguetear con el balón confiscado mientras el juego, aburridísimo y lento como la vejez, avanzaba.

Acaeció el mal. El oscuro equipo retador aprovechó un pase errado y perforó la meta del campeón del mundo. Rómulo brincó a lo alto de una mesa y bailó una suerte de danza africana. Yo, iracundo, pateé el balón maldito, que se proyectó hacia el pasillo, dibujando una parábola prodigiosa en el aire. La cafetera se hizo añicos.

—No te pongas así —exigió Rómulo. Pensé en castigarlo por tutearme, pero habría sido una medida tiránica y desesperada y la reservé para ocasión más meritoria. Sólo le ordené que fuera por un trapeador y limpiara.

El campeón, avergonzado, no supo reaccionar y la derrota se consumó en pocos minutos. Rómulo y los africanos bailaban. Salí de la redacción justo antes de que el sol asomara su burlesca faz.

Paré el primer taxi que pasó por la calle y le pedí a su conductor que me llevara al cajero automático del mercado. Quería tener a la mano el dinero de la renta, el que tendría que darle a Rómulo y quizá unos billetes de más para ofrecerme a pagar la cafetera despedazada. El taxista escuchaba en la radio los comentarios finales del partido.

—Esos negros sí que son hombrecitos —deslizó.

Callé como un miserable, odiándolo.

La radio comenzó a perorar moralidades sobre urbanidad y delincuencia. El conductor decidió imitarla.

—No debería pararse en el cajero del mercado. Hay mucho malviviente en esa zona —aconsejó. Recurrí a un gesto de indiferencia y le ordené que esperara mi regreso.

En la entrada del mercado, un malviviente de carne y hueso, con ropas raídas y piel ajada y costrosa me pidió dinero para desayunar.

—No —le dije con sonrisa demacrada.

Me agradan los cajeros automáticos, incluso rotos y rayoneados como el del mercado. Los vagabundos lo habían orinado —apestaba — y habían roto la puerta y, sin embargo, los billetes seguían a salvo en su disciplinado seno.

—Dame el dinero, compadre.

El mismo tipo otra vez. Se acompañaba ahora de un cuchillito para cortar queso cuya hoja estaría impregnada, seguramente, de todas las enfermedades del planeta, de la malaria a la dislexia.

Decidí ser un hombre.

—Vete a la mierda —bramé como grito de batalla y lo embestí. El malviviente tendría una vida ardua y poco plena, quizá, pero su condición física era notable. Me recibió con un *jab* que me abrió la boca. Luego me derribó de una patada.

Apreté mis billetes contra el pecho como una madre a su primogénito. Recibí tres o cinco patadas en la espalda y el trasero, quieto como un mártir. Luego escuché un lamento prolongado que mi boca sangrante no podría haber emitido. Logré volverme.

El tipejo estaba de rodillas, la cabeza abierta por una brecha profunda como el mar y los ojos húmedos, vacíos. Tras él, como un ángel rodeado del amanecer, apareció el taxista con una llave de tuercas en la mano.

Ya a bordo de su automóvil me entregó algunos pañuelos de papel para limpiar mis heridas. Resoplaba como un padre enfurecido con las malas notas de su hijo. La radio maldecía la delincuencia urbana.

—Se pasa de imbécil, joven.

Conté el dinero. Era suficiente para pagar mi renta y deudas e incluso ceder una propina adecuada a mi salvador.

—Váyase a dormir —recomendó cuando paramos frente a mi puerta. Aceptó con avidez poco épica el dinero que le ofrecí.

Yo agonizaba. Las llaves pesaban como la condenación eterna y la puerta se abrió, chirriante, presentando ante mí el camino que descendía al Hades.

Paz tomaba café ante el televisor. Miraba la repetición del gol del oscuro equipo africano.

—Ganaron. Qué bien.

Se puso lívida cuando vio mi boca rota y la sangre en la camisa. Me apresuré a darle el dinero de la renta para dejarle en claro que estaba vivo. No incólume quizá, pero triunfante.

—Qué diablos pasa.

La niña comenzó a llorar. Era mi turno de darle la leche, como todas las mañanas.

—Pasa que soy un hombre.

Como un emperador que marcha al exilio, me fui a calentar el biberón.

El Grimorio de los Vencidos

Ciertas desgracias favorecen el alma. Perder a los padres ennoblece: nos hace adultos que nunca más recurrirán a nadie, que serán en adelante pilares de la debilidad o inocencia de alguien más. Otras desventuras sirven apenas para corroernos la dignidad, para anularnos. La mía es de esas. Apenas un año después del sepelio de mis padres, mi mujer me engañó con un mago.

Gina no eligió como seductor para su adulterio a cualquier ilusionista, sino a una notoriedad: El Mago Que Hace Nevar, hechicero legendario cuyo espectáculo enaltece la cartelera del Circo de los Hermanos López Mateos. El circo tiene un elenco fatídico de tigres y elefantes, un robot torpe con disfraz de gorila y cinco trapecistas escurridizas. Pero ninguna de sus actuaciones osa compararse con el sagrado momento en que el Mago salta a la arena, entre aplausos y murmullos, e invoca la nieve con voz de fenómeno natural.

¿A quién no le gusta la nieve?

(Respuesta: a mí. Mis difuntos padres eran tan aprehensivos que jamás me llevaron a una montaña nevada ni me compraron un helado de crema o fruta. Temían la gripa y las infecciones con tal energía que me contagiaron su prejuicio. Hasta la fecha, la menor racha de aire frío me hace estornudar).

El Mago Que Hace Nevar era un sujeto más corpulento de lo debido, con tendencia a la calvicie y una irritante papada de bebé bajo el mentón. Su miembro era ancho y corto, como una espada romana. Me siento autorizado para hablar del tema porque lo vi, al Mago, a punto de penetrar a Gina, mi mujer, sobre mi propio lecho matrimonial —ella cerraba los ojos con apremio, como si estuviera a punto de ser fornicada por la helada virilidad que la teología medieval atribuía a Satán—.

(El dato, el de la verga de Satán, lo leí en un Grimorio).

Conocimos al Mago en una cena en casa de los Valerio, una pareja de excompañeros de la escuela que había terminado por convertirse en nuestras más cercanas amistades. Alan Valerio era un tipo bofo, moreno, lleno de acné. Hacía sin cesar chistes desatinados que provocaban la risa de Mireya, su mujer, criatura flaca y sosegada. Alan era psicólogo, pero nunca había conseguido un mejor trabajo que el de asesor en un colegio de señoritas. Mireya —sus padres tenían una empacadora de atún— era quien liquidaba las cuentas de los servicios, pagaba la mensualidad de la casa y sufragaba los honorarios del sastre. Era, además, prima hermana de El Mago Que Hace Nevar. Aprovechaba sus visitas a la ciudad para convidarle la cena.

A Mireya le obsesionaba la privacidad y evitó convocar la reunión en un restaurante. Decidió invitar a su primo a casa y preparó un banquete. La concurrencia que esperaba la llegada del Mago aquella noche era selecta: mi esposa y yo, aburridos como cualquier matrimonio de mediana edad, y los Valerio, gordo y flaca juntos como un par de letras sonrientes en el juguetero de un niño.

El Mago llegó tarde, en taxi. Tanto se había hablado hasta ese momento de su *glamour*, mientras arrasábamos con las galletas con mejillones y el *carpaccio*, que me decepcionó verlo descender del coche de alquiler a tumbos, como una puta telefónica.

Apenas habló durante la cena, por lo que Alan y yo pudimos protagonizar una vistosa discusión sobre el nuevo *Código Penal*, que suavizaba las penas para los crímenes pasionales. Pese a que buscaba apoyo en las pupilas del Mago que Hace Nevar cuando hilaba alguna frase particularmente severa, él sólo tenía ojos para el plato. Engulló en silencio —aderezado con algún resoplido porcino — el pollo, los calamares, la jícama bañada en salsa azul. Arruinó los postres con el sahumerio de un habano a medio fumar recuperado de su chaqueta. Sólo cuando los meseros trajeron el café, el Mago reparó en que no estaba a solas.

—Señora, está usted admirable esta noche —le dijo a Gina con voz de huracán.

Clavó en ella una mirada mesmérica. Luego eructó y se limpió la boca con una servilletita bordada.

Mireya nos pastoreó al saloncito e hizo que nos fuera servido un digestivo de color esmeralda. El Mago aprovechó el trayecto para

repasar con la mirada las nalgas y pantorrillas de mi mujer.

—No sé cómo lo soportas —confesé a Alan cuando nos sentamos, uno junto al otro, en un incómodo sofá de piel.

—¿Al Mago? Si es simpatiquísimo, hombre. Pídele un truco.

Mireya ocupó la tercera plaza del asiento. El Mago apresuró a Gina a sentarse a su lado, en el otro sofá. Ella obedeció como un cordero.

—Dígame qué le parece el nuevo *Código Penal* —inquirí al sujeto con una vocecita alta y autoritaria que no sonaba como la mía.

El Mago estaba demasiado ocupado asomándose al escote de mi mujer como para recoger el testigo de la pregunta. Atenazados por el parentesco que los unía con el malvado, los abominables Valerio no atinaron a socorrerme.

—Háganos un truco —rogó Alan con un dejo de niño imbécil que me hizo dudar de sus neuronas.

El hechicero rodeó los hombros de Gina con el brazo y le impuso las pupilas. Ella devolvió la mirada con una resignación que me estremeció. Era la resignación a la que se entregaba cuando mis reclamos amorosos eran demasiado intensos como para oponerles excusas.

—¿Quiere un truco, señora? ¿Un poco de magia *verdadera*? ¿Está dispuesta a ser mi ayudante?

Reducidos al estado de fanáticos babeantes, los Valerio aplaudieron. Gina atinó a asentir. Yo tenía los brazos hormigueantes, los pies pesados como estatuas.

—Véngase conmigo —ordenó la voz de ventarrón.

Se metieron a un cuartito junto al salón en cuya existencia francamente no había reparado. Mireya resurtió los vasos de licor y encendió la radio. Una estentórea música de baile nos tomó por asalto.

El Mago y mi mujer tardaron en regresar, pero los recibimos con aplausos. Yo había bebido en exceso ya, o al menos me sentía muy ebrio. Alan Valerio hizo algo que nunca antes ni después le vi hacer: escupió dos veces en el piso. Mireya mostró una sonrisa cómplice ante la suciedad de su marido.

—Por desgracia mi ayudante, aunque espléndida, no posee ropajes adecuados para protagonizar los trucos que podríamos

intentar. Así que le pediré que se quede sentada y les concederé a ustedes algo que rara vez acepto realizar fuera del circo. Voy a llamar a la nieve.

Gina bajó la mirada. Se estrechaba nerviosa las solapas de la chaquetita que había elegido por si venteaba en el regreso a casa. No hacía falta ser genio para notarle el aire de recién cogida.

Una ventisca me arrancó la ira y la melancolía que ya me asaltaban. Los Valerio se abrazaban, aterrados. Mi mujer lloraba. Y en el centro de la sala y el remolino, el Mago le bramaba nuevas leyes a la naturaleza.

Lo hizo.

Hizo nevar sobre nuestras cabezas.

—Estás borracho —dijo mi esposa con fastidio, mientras se retiraba de las piernas los calzones empapados. Yo la había acusado de adulterio. Mis condiciones, ciertamente, no eran óptimas para vencer en la discusión. Había vomitado dos veces, la última sobre sus zapatos. La nevada me había provocado un episodio de fiebre que recrudeció mi monstruosa borrachera.

Sobre el muslo de Gina estaban marcados los rastros rojos de las uñas y dientes del mago. Eso no podía ser un producto de la magia o el delirio febril. Quise decírselo, pero de mi boca sólo surgió una basca negra.

—Llevas las cosas muy lejos —me dijo Alan, desinflado—. Yo también detesté al Mago un tiempo, al principio. Me parecía que era demasiado cariñoso con Mireya y mira que son primos. Pero lo superé con los años.

¡Los años!

Visitaba a los Valerio, solo. Mireya se había retirado a dormir hacía una hora. Gina había optado por quedarse en casa. No habíamos cruzado demasiadas palabras amables desde aquella velada.

Colgada tras la cabeza de Alan, en la pared, resplandecía una foto familiar. El Mago tomaba a Mireya por los senos, como un amante, mientras Alan miraba a la cámara con mohín de bobo. A pesar de que le dirigí toda clase de miradas interrogatorias al respecto, mi amigo ni siquiera volvió la cabeza. (Podría jurar que quien besaba a la novia en el retrato de bodas de los Valerio, colgado un par de metros más allá, era ni más ni menos que el

Mago).

—Estás sugestionado —apostó Alan—. Si el Mago fuera capaz de hacerle algo malo a Gina, nos habríamos dado cuenta de inmediato.

(Claro. Como te diste cuenta, a la velocidad de la luz, de que el Mago te embaucó mediante algún artificio para que no repararas en que se tomaba fotos obscenas a costa de ti y tu esposa y las colgaba en la mismísima sala de tu casa).

Decidí destruir al Mago.

No encontré libro de brujería alguno en la biblioteca municipal y en el autoservicio sólo pudieron ofrecerme el nuevo *Código Penal* (me compré un ejemplar, por si las cosas con Gina empeoraban) o los cándidos delirios de los autores de libros para mejorar la autoestima de desempleados y fracasados. Tuve que entregarme a un recorrido lento y minucioso por los sombríos tendejones del centro donde venden libros usados.

No tuve éxito en un principio. Como si una sombra maldita caminara tras de mí y se encargara de que no pudiera distinguir el libro que requería en medio de las toneladas de basura deshojada, fui durante más de una hora incapaz de dar con nada apropiado. La sombra sólo desapareció cuando ingresé, casi por error, en una librería más ruinosa y oscura que las demás. Un viejo, agazapado como un mono en el mostrador, me dio la bienvenida con una risotada poco respetuosa.

—Busco libros de magia —le dije con toda la dignidad con que alguien puede comunicar tal intención. Él rio una vez más y señaló el rincón, una montaña de papel amarillento y terroso.

—Diviértase.

La basura que elegí no fue muy barata que digamos.

Tuve que faltar a la oficina —soy contador en un negocio de telares— una mañana para acudir al mercado y encontrar las hierbas que preveía la receta. Anoté los ingredientes —productos como arándanos, muérdago y algo llamado Hierba del Santo Casto — en una hojita de papel que entregué tímidamente a la gorda que atendía el puesto más discreto con que pude dar.

—¿Un amuleto para el amor? —me inquirió la mujer, los carrillos hinchados de risa.

—Eso mismo —mentí.

En el libro, un vejestorio llamado *El Grimorio de los Vencidos*,

se advertía especialmente sobre no avisar a ningún yerbero de nuestras intenciones destructivas: los yerberos suelen ser buenos amigos y hasta compinches de los magos.

Tuve que soportar que la mujer se paseara la lengua entre los labios y me ofreciera un ritual de sanación para la impotencia que ejecutaría ella misma sobre mi miembro por un costo apenas simbólico.

—No use demasiada Hierba del Santo Casto, porque va a matarla en lugar de calentarla —sonrió la mole al entregar mi paquete envuelto en periódico viejo.

No sólo esperé a que Gina se empujara el vaso de agua enriquecido con calmantes con que había logrado conjurar el sueño durante las últimas noches, sino que di tiempo a que la pócima le hiciera pleno efecto y comenzara a roncar.

Subí entonces a la azotea, tembloroso, mis ingredientes colocados en el interior de una serie de platos de peltre y la fórmula anotada en un papelito. Lancé a los aires un conjuro enfático y asesino, mezclé el jugo de arándanos con el muérdago machacado.

Tuve que bajar de nuevo, porque había olvidado *El Grimorio de los Vencidos* en la sala. Además era necesario cortarle un mechón de cabellos a Gina para que el influjo del Mago la abandonara. El sentido del hechizo consistía en convertir a Gina en una suerte de trampa para cucarachas mágica: si el miserable del Mago Que Hace Nevar se la cogía otra vez, la Hierba del Santo Casto acabaría para siempre con sus impulsos de galán.

Mi mujer roncaba. Un hilillo de saliva oscura le escurría de la boca. Parecía Madame Bovary un segundo antes de que le sellaran el ataúd encima. Tenía que rescatarla. Le corté el cabello necesario con toda facilidad.

Pasó una semana cuando vi el anuncio en el diario. Estaba anocheciendo, la jornada en el despacho había sido larga y pesada y Gina no había llamado por teléfono. Un mal día, aquel: otro mal día. Hojeaba la sección de espectáculos en busca de la cartelera del cinematógrafo. Quería una película que me hiciera llegar tarde a casa y encontrar a mi mujer bajo el trance del calmante.

«¡Regresa! ¡A la ciudad! ¡Por SÓLO unos días el único! ¡El sensacional Mago que Hace Nevar! Búscalo, en exclusiva, ¡en el Circo de los Hermanos López Mateos!». (La profusión de

admiraciones y la redacción misma del aviso indicaban que los López Mateos no eran precisamente los Machado).

Era el momento para que se comprobaran los resultados de la receta de *El Grimorio de los Vencidos*. Pero la receta fracasó. El Mago ni siquiera necesitó la complacencia de los Valerio esta vez. Volví a casa, tarde, dos noches después de que el aviso fuera publicado y encontré la luz de la salita encendida. Gina había sido siempre una compulsiva cerradora de puertas y apagadora de luces. Me inquieté.

Subí sin hacer ruido, los zapatos y el corazón en la mano. Estaban allí, en mi propia cama —pagada a plazos cuando apenas era un joven contador suplente—. Gina, compungida, abría las piernas a su seductor y cerraba los ojos con arrebato, como si esperara el disparo de un arma en la sien. El Mago que Hace Nevar estaba sentado al borde del colchón, enrollándose tranquilamente los calcetines.

Otros habrían bajado por un cuchillo e irrumpido como leones en la recámara. Yo permanecí en el marco de la puerta, helado, como si me encontrara detrás de un muro. Casi juraría que el Mago me sonreía cuando se echó en mi lugar de la cama, plenamente cómodo, y mi mujer lo montó.

—Gorda de mierda. Esta no era Hierba del Santo Casto.

La mujer cerró los ojos con dolor, como si le hubiera asestado un golpe. Y se cubrió la cabeza con las manos como si esperara uno más.

—¿Sabes cuál fue el resultado? Bien que lo sabes, gorda de mierda. ¿Cuánto recibes del Mago? Dame hierba verdadera o te mato. Te mato. Nadie me daría la pena máxima por matar una estafadora gorda como tú.

El Mago se fue, en un taxi, cerca de la medianoche. Pasé la madrugada en la azotea, entregado a la lectura febril: ora *El Grimorio de los Vencidos*, ora el nuevo *Código Penal*. Amanecí convencido de haber sido objeto de un fraude.

La mujer, llorosa, ofrecía toda clase de excusas: el puesto en realidad era de su padre, ella no sabía distinguir la Hierba del Santo Casto de la inocua Raíz de Huevo, nadie jamás se había quejado de la sustitución… En esas estábamos cuando apareció el viejo. No lo reconocí como el dueño de la librería apestosa en donde había

comprado *El Grimorio de los Vencidos* hasta que escuché su risotada.

—Así que le dieron hierba mala. Déjeme ver. Tendrá su Santo Casto. Pero el hechizo hay que hacerlo de nuevo desde el principio, no lo olvide.

Era, cómo dudarlo, un viejo de fiar.

Repetí con euforia el conjuro esa misma tarde, aprovechándome de que Gina parecía cada vez más afectada y a su sueño químico de la noche había agregado una siesta vespertina de más de dos horas.

Me reporté enfermo en el despacho —había asistido sin faltar durante once años; tenían que ser tolerantes— y me aposté en la azotea a acechar la llegada del Mago, que solía producirse entre las ocho y las nueve y media de la noche.

El Grimorio contenía una serie de oraciones malvadas que repetí mentalmente durante horas. Si me aburría, caminaba hasta la coladera del lavadero para orinar o me detenía junto al tinaco y releía pasajes apropiados del *Código Penal*. Mi cálculo era que si el Mago que Hace Nevar o Gina morían en la refriega que se aproximaba, tendría a la mano las suficientes pruebas para recibir una condena menor, unas de las destinadas a los delincuentes dominados por sus pasiones.

El Mago apareció pronto: lo gobernaba una avidez incontrolable por la carne de mi esposa. Mientras bebía el whisky que Gina le servía ritualmente antes de ser penetrada, tuve la ocurrencia de llamar a los Valerio.

—Qué milagro —dijo Mireya, con alguna malicia, al responder.

—Voy a matar a tu primo —le informé.

—Pues muy bien. A ver si vienen a cenar pronto. Los extrañamos. Eran cenas muy entretenidas.

—Si no lo mato, al menos la Hierba del Santo Casto lo va a dejar impotente.

—Nosotros también. Cuídense.

Escuché un grito. Luego otro. No era el placer de Gina sino la rabia del Mago lo que provocaba aquel ulular. Acudí.

Corría por el pasillo del piso superior, desnudo a excepción de un par de calcetines grises y arrugados, las manos acunando su miembro en llamas. Se contoneaba como un gusano. Gina corría tras él, desnuda como cervatilla, las manos estrujándole los

cabellos.

—Es Hierba del Santo Casto. Ya sabes que estás condenado.

El Mago recurrió a todo su poder para conseguir ponerse de pie. Resoplaba. Ni siquiera en esa instancia última me concedió una mirada. Se deslizó dolorosamente por el barandal hasta dar con la puerta.

Un taxi se materializó en la calle y el Mago lo abordó. Gina se derrumbó en las escaleras. Lloraba. Me senté a su lado y la abracé. Tenía la piel fría como la nieve.

Hay desgracias que nos hacen recuperar un asomo de dignidad. Cuántos hombres deben hartar su paladar de los sabores pútridos de la ignominia antes de recobrarse.

Visité la tumba de mis padres con el acostumbrado ramo de flores. Nunca les he hablado, pero *El Grimorio de los Vencidos* incluye alguna receta para contactarse con los muertos. Quizá podría emplearla. Quiero pedirles a mis viejitos algún nuevo consejo sobre el frío.

Hace tiempo que no se ven avisos del circo de los Hermanos López Mateos en los periódicos. Tampoco hemos regresado a las cenas de los Valerio. Alguien me dijo que se están divorciando, pero ese tipo de rumores me tienen sin cuidado. Mi vida con Gina ha mejorado desde que la Hierba del Santo Casto me la regresó. Ahora no debo recurrir a ninguna estrategia para gozarla. Se diría que mi contacto le es balsámico.

Cada vez que la poseo, sucede algo notable. El aire de la habitación se congela, de nuestras bocas mana un vapor gélido y nuestras pieles azulean. En alguna ocasión, lo juraría, ha estado a punto de nevar.

Carne

No tengo un título escolar que rece: «El señor XXX ha sido merecedor del grado de licenciado en». No tengo amigos colocados en puestos importantes del gobierno o la empresa privada. Nunca he salido del país e ignoro codiciosamente el resto de los idiomas del planeta. No tengo ideas sociales o estéticas de vanguardia o al menos algún pensamiento que, al pronunciarlo, sea aprobado por la gente que asiste a los bares con una inclinación de cabeza. No tengo casa propia ni crédito en los bancos. Las mujeres no experimentan ninguna líquida debilidad por mí. Pero tengo dinero, visito restaurantes y bares y las tiendas que expenden los artículos deseados por todos. Observo a la gente a través de sus palabras y ropas. Y selecciono.

Un mediocre hubiera elegido a la casada de los pechos como repisas, sentada en el café del parque para leer una novela que la crítica calificó de «atrevida», que fuma y no cruza los tobillos y es admirada por el desempleado —treintón, quizá un ingeniero recortado de una planta maquiladora— que hojea los clasificados en la mesa contigua. La mujer parece aburrida, es alta y de buena figura y debe ir a la consulta del ginecólogo con más frecuencia que al confesionario.

Pido un café y decido que sólo un mediocre intentaría abordarla, que sólo alguien que pretenda irse temprano a casa se encomendaría a una mujer que no tiene amante pese al aburrimiento y se deja la argolla de matrimonio en el dedo porque pretende, lerdamente, ser abordada en los términos de alegre infiel que el libro «atrevido» propone.

Un novato o un tonto elegirían, en cambio, a la mesera que me trae el café, le acerca un vaso de agua al desempleado y pregunta a la casada solitaria si desea algo más, un pastel o helado. La mesera es una criatura que conserva la delgada huella de la pubertad en las

piernas y el talle. Un tonto pensaría que su empleo estará mal pagado y un sobre de dinero y la posibilidad de pavonearse ante las amigas bastarían.

Lo cierto es que se podría convencer a ambas, que la casada aceptaría vestir un *negligé* raído (ya se le retocará en la edición) y practicarle una felación a un presunto escolar de cuarenta años. Y la mesera podría ser seducida para dejarse fotografiar en compañía de un bote de crema y dos ancianos envalentonados a fuerza de afrodisiacos. Se podría sobornar a todas las mujeres como se soborna a los hombres, pero sería una labor de mediocres e idiotas.

Yo soy un especialista, un vidente: camino a la mesa del desempleado. Creerá, como siempre, que soy un homosexual poco ingenioso, pensará que trato de seducirlo y aceptará venderse. Algunos lo harían a cambio de un plato de carne; otros ambicionarán hurtarme la cartera y alguno incluso pensará en asesinarme y conseguir así los cuadros colgados en los muros de casa. Pero no soy homosexual, no tengo casa, cuadros ni gusto. Le entrego una tarjeta con nuestro número, lo miro sin coquetería cuando voltea, sobresaltado, y le digo que el trabajo se trata de acostarse con chicas.

Llamará a la oficina, lo atenderá Beatriz, programará una entrevista, el hombre creerá que ella será su coestrella y antes de que pueda darse cuenta de que eso no sucederá, pues el rostro perfecto de Beatriz nunca se le acercará a menos de un metro, se habrá acostado con medio centenar de mujeres y lo habremos retratado mil veces.

Y entonces, a menos de que sea un *invencible*, querrá irse o será incapaz de quedarse. Y saldré a seleccionar otro.

Soy un pornógrafo. Soy lo que la ley llama un invasor de la intimidad.

Lo más arduo del trabajo es encontrar hombres útiles. No acostumbro buscarlos aunque, de cuando en cuando, aparece en el camino un sujeto dotado que resolverá las próximas sesiones y será menester contratarlo. Con *dotado* no hablo de miembros escandalosos, sino de un ejemplar que presente resistencia al placer, algún equilibrio entre la excitación y la productividad. Los hombres, los débiles hombres, son el principal obstáculo para la pornografía: están hechos para consumirla durante unos pocos

minutos, no para producirla durante horas. Sólo en ocasiones nos es dado encontrar a uno que resiste lo que sea. A esos, escasos como el oro, los llamamos *invencibles*.

En la oficina Sauro, el iluminador, se afana por las luces que usaremos en la filmación de mañana. No se llama así, pero su parecido con un perro que conocí, verdadero poseedor del mote, logró que olvidara su nombre y lo rebautizara para mis adentros. Es nudoso, callado, capaz de sostenerse con una sola mano de una viga colgante, como un orangután, y enfocar con la otra una lámpara de treinta kilos. Me indica con la cabeza que el *set* está listo y se da media vuelta antes de que pueda agradecérselo.

Tengo ante mí una cama infantil, sábanas con figuras de perros y gatos y un móvil pendiente del techo. Ya están dispuestas las ropas: un vestido de terciopelo rojo para la tía y un pijama absurdo para el sobrino (la tía será la sirvienta del edificio donde filmamos; el sobrino, el desempleado que contraté). El guion, por supuesto, es simpleza pura. El sobrino tiene pesadillas y la tía entra a su recámara para tranquilizarlo. No lo logra y decide que ambos se desnuden.

Beatriz escribió el libreto, pero tuve que corregirlo. El suyo contenía diálogos desesperados como: «Te deseo, quiero entregarme a ti», que acabarían con la paciencia de nuestros espectadores —quienes nunca han querido a nadie ni comprenderían a quien lo hiciera—. Somos cobradores, no filántropos. Tomamos lo que podemos. No damos nada a cambio.

Llamo a Beatriz. Estamos solos en la alta noche, pues Sauro no cuenta como persona. Mi despacho es lo menos parecido a la oficina de un pornógrafo que pueda imaginarse. No tengo consoladores de goma de un metro sino libreros indigestos, una mesa de edición, un escritorio con teléfono y silla giratoria. Debo domeñarme para no subir los pies a la mesa. He ocultado el asiento de las visitas para que Beatriz deba permanecer de pie.

—¿Te gusta el guion?

Su voz es pequeña y chillona, un títere de nariz ganchuda. Es lo único que le reprocho, además de no tener pechos ni nalgas ni nada parecido a caderas.

—Sí. Cambié un par de diálogos.

Parece confusa.

—Sólo tiene dos.

—Bueno, los cambié. La tía no podía decir: «Tómame ahora, pequeño».

Beatriz no pregunta más para no recibir una respuesta que la ofenda: mis diálogos recurren al gemido y no al abecedario. Me agrada su gesto de fastidio. Qué no daría yo por provocarle uno mejor. Pero ella me ha despojado de los vicios y los deseos. Me he descubierto mirándole la luz en el rostro, el brillo en la sonrisa, la suavidad de las manos. Incluso le he mirado la carne, cuando se agacha, con un dejo de romanticismo.

El desempleado, al parecer, es un *invencible*. Apenas la sirvienta disfrazada de tía le posa los labios encima, alcanza una estimulación considerable. Sauro consiguió una atmósfera propia de jardín de niños que conviene a la escena. Beatriz, sin embargo, me hace notar, susurrándome, que la historia sucede por la noche y no es correcto que dejemos esa luz de mediodía.

—Quizá la habitación tiene un foco rosa.

—Entonces no es la habitación de un niño. Y el vestido de la tía está fuera de lugar. El terciopelo brilla. ¿Viene de una cena?

Me obsequia una gota de saliva en el lóbulo. Le he pedido que murmure en las filmaciones para que su voz no sea registrada por la microfonía, sin explicarle que estos acústicos apenas logran captar los más crispados gemidos de nuestros actores.

—Quizá instaló un ambiente adecuado. Quizá el tío sabe todo, se esconde en el ropero y mira por las rendijas.

Sauro hace correr la cámara, autista. El desempleado desnuda a la sirvienta (el sobrino besa los senos de la tía) y la penetra con vigor extremo.

—Un poco rápido —comento.

—¡Más lento! —gruñe el iluminador, servil.

—¡Shhhhhh! —sibila Beatriz—. Que se graba.

La sirvienta, que al principio parece natural y estupenda, tarda poco en gemir, sujetándose de la almohada como un náufrago a su tabla.

—¡Más lento! —ladra Sauro, que presiente el desastre.

Beatriz se inclina junto a mi oído.

—¿Qué pasa?

—¡Más lento!

La sirvienta llama en voz alta a su padre y a su madre, a sus cinco hermanos y sus tías de la costa con las que vacaciona en Navidad.

—El tipo es demasiado bueno. Uno de los que llamamos *invencibles*. Se mueve como una máquina de coser y apenas tenemos doce minutos. Se necesitan treinta, por lo menos, para una película. Esto no va a servir.

Beatriz esboza una mueca de alarma que me derrite. Los alaridos anuncian el final: el desempleado se agita como un martillo y Sauro, exasperado, hace señas infructuosas para que se calmen, den una vuelta, tomen un respiro.

—¡Más lento!

Si durante la edición logramos ralentizar las acciones, tendremos veinte minutos. El descoyuntado movimiento alarmará los sentidos de los espectadores, pero quizá con música épica y cámara lenta logren reconfortarse. O podríamos alternar la cama con diálogos grabados, reutilizar las cursilerías de Beatriz y arriesgarnos a dar un toque de telenovela —que harían naufragar las aptitudes histriónicas de nuestros modelos—. No, nada servirá: la sirvienta ya alcanza el clímax y Sauro se mesa los cabellos como un profeta.

Beatriz ha entrado a cuadro. La lengua se espesa en mis labios y no soy capaz de articular una prohibición o un grito. Sauro, desconcertado, baja los brazos. La sirvienta se aparta, satisfecha e inconsciente. Y el *invencible* salta. Desnuda con vehemencia a Beatriz, le saca el suéter por la cabeza y le enrolla los pantalones en los tobillos, paseándole dedos y boca por todos los lugares que mis sueños me han vedado.

Como un borracho, salgo de allí con pasos largos e imprecisos, mientras Sauro reacomoda luces y encuadra. Entro a la oficina, sofocado. Debo volver: arrastrarme y mirar.

Cuando regreso, todo se ha serenado. Beatriz observa los restos del desempleado cuyas pretensiones de campeón han quedado reducidas a polvo. Ya no es más que otro tipejo agotado y tendrá que irse.

Sauro, iluminado por la gracia, sonríe. Si fuéramos amigos podría llevármelo a un bar y exigirle la historia, pero no me atreveré. Beatriz se pasa un paño mojado por el cuerpo. El desempleado abre los ojos: una lágrima baja por su mejilla

punteada de pelo. Ha sido derrotado. Su carrera, que pudo ser turgente como el mástil de un navío, no prosperará.

—Treintaidós minutos seguros —dice el iluminador.

Beatriz sale del *set* como un boxeador triunfante.

«Una *invencible*», me digo. «Me enamoré de una *invencible*».

El escalofrío se prolongará la noche entera.

VENTAJA

—Tu enorme ventaja —dice el hombre de alta cuna, atado a la silla con un doble nudo precioso— es que tienes libertad. Mi apellido no la da. Deberías aprovechar para.

Pretende, como otros, persuadirme de que sería mejor estudiar, encontrar empleo. Antes de que lo verbalice, aclaro: soy ingeniero, gano bien. Uso mi libertad.

Le doy un tirón de patillas y se inquieta. A la gente de alta cuna no le agrada que le sonrías a diez centímetros de la cara.

—¿Qué estudiaste?

Lo ayudo a beber de un cuenco percudido.

—Agrónomo.

—Yo tengo ranchos —repone. Voz coqueta, voz de chica que confiesa no llevar calzones.

—No le hables —gruñe Pedro desde el rincón. Hojea una revista de crímenes pletórica de cabezas cercenadas, cuerpos tiroteados, transexuales en bikini—. Se trata de que no le hables antes de.

Devuelvo el cuenco a la mesa. He tenido, ya, la cortesía de limpiar el exceso de agua de las comisuras del tipo, quien agradece con una inclinación de testa.

Salgo al pasillo, avanzo frente a la hilera de puertas. Tras cada una se encuentra otro hombre de alta cuna que afirma envidiar la libertad que me sobra y a él se le restringe y que, sin embargo, recomendará estudiar, obtener empleo, casarse con una noble señorita. Al de dos lugares a la izquierda le dije que era neurólogo, me parece, neonatólogo o sociólogo. Él, alguno de ellos, refiere que tiene una hija imbécil y sería buena cosa que le practicara estudios para.

Pedro se traslada, como yo, de una jaula a otra. Arrastra los pies sin apartar los ojos del pasquín, pero cumple su deber de celador. Hay que tenerlos cómodos: visitarlos, mimarlos.

Chicas y chicos llegan a la hora en punto. Sonrientes, ataviados como secretarias, amas de casa, proctólogas o buzos, armados con rodillos, fuetes, crucifijos. Cada uno debe entregarnos la ficha del depósito bancario de su cliente y recibe, a cambio, un paquete de utensilios higiénicos.

Tras pocos minutos se abre una puerta. La chica sale al pasillo, enciende un cigarro y espera. Su cliente ha pedido sobrellevar el éxtasis en solitario.

—Eres muy joven. ¿No has pensado estudiar? —dice ella, de pronto, examinándome tras unas gafas de profesora.

—Soy enfermero, enfermero certificado —respondo—. Y juez de paz.

El cliente llama; ella debe irse.

No yo.

Yo no *debo*.

Yo no debo más que hacer, como siempre, mi voluntad.

II. El mundo

LA CULPA DE LAS REVUELTAS

—¿De quién es la culpa de las revueltas? Pues de los revoltosos. Eso me parece cosa clara —afirmó con lógica irrebatible el profesor Quintana, ante su grupo de Matemáticas, días después del atentado contra la Torre de Comunicaciones.

Cuando los profesores y el comité de alumnos firmaron una petición para que se liberara a los arrestados en las represalias que había tomado el Gobierno —durante las que murieron siete personas y más de veinte fueron a parar a prisión—, sólo Quintana y un grupo de trabajadores se rehusaron a hacerlo y, en cambio, firmaron un documento de apoyo a la Dirección de Seguridad —el secretario del director consideró que aquello no valía la pena de ser informado al jefe y resignó el papel a un archivero—.

La tarde de los hechos, el profesor llegó caminando despaciosamente por los jardines de la facultad de Matemáticas. Era un hombre canoso y ventrudo, piel rosada y dientes manchados por el tabaco. Depositó su gabardina en el perchero del aula y dejó el paraguas en el marco de la ventana. Luego de cerrar a tirones las cortinas y abandonar en el escritorio un par de voluminosos paquetes, accionó la luz eléctrica y cerró la puerta del salón. De vuelta al perchero, añadió el sombrerito gris a la gabardina. El montaje lo satisfizo.

Los estudiantes, un par de docenas, habían seguido sus movimientos girando los cuellos, como espectadores de un partido de tenis. El profesor retiró la silla del escritorio pero no la ocupó. Un estudiante con barbas y playera cuajada de consignas tosió. Otros bostezaron.

—¿Maestro? —dijo una vocecilla.

El hombre se acomodó las gafas en la nariz.

—Señorita.

—Candy. Soy Candy. ¿Podríamos hacer la asamblea de alumnos

hoy? Sucede que esta es la hora que elegimos, la de su clase. Bueno. Es que…

—¿Asamblea? —estalló Quintana—. Aquí nadie va a hacer asamblea.

Candy prefirió callar. El estudiante de barbas y otros más torcieron el gesto. Alguien tocó a la puerta sin excesiva convicción. La chapa no cedió. El profesor había cerrado con llave y la llave estaba en el bolsillo de su chaqueta.

—«No se abrirá la puerta a los alumnos que lleguen tarde» —citó Quintana, quien conocía de memoria artículos enteros del reglamento.

El barbón de puso de pie con insolencia, animado por los cuchicheos y señas de la clase.

—Maestro: el salón votó por hacer una asamblea y habrá asamblea.

—¿Sí? ¿Eso creen? —Los ojos de Quintana bizqueaban detrás de las gafas. Llevó las manos a uno de los bultos que había depositado en el escritorio y comenzó a rebuscar. El alumno, cuya credencial lo identificaría después como Juan de la Rosa, de veintidós años, levantó las manos en un amplio gesto de rechazo por lo que iba a pasar, aunque no sabía lo que, de hecho, iba a pasar.

—No nos recite el reglamento, maestro. Queremos organizarnos para protestar por los compañeros presos y no vamos a quedarnos en el salón.

—Afuera no hay nada. No hay nada —bufó Quintana.

Sacó el revólver del bolso con un movimiento cansino. Candy aulló al recibir el tiro. Cayó al suelo cubriéndose la cadera herida con las manos. El profesor apuntó a su cabeza, pero sólo logró acertar a otro de sus alumnos, un chico de gafas que se derrumbó de bruces, el pecho atravesado.

—No voy a leer el reglamento. Se acabó el reglamento.

Los alumnos corrieron al fondo del salón, aunque un par de ellos, llamados por el espíritu de la épica, le lanzaron al profesor sus reglas de cálculo a la cabeza. Otra bala, una que rasgó el abdomen y salió por mitad de la espina, hizo retorcerse a Candy en el suelo. El chico de gafas comenzó a escupir sangre. El estudiante de barbas, de pie todavía en el centro del salón, ileso, rompió a llorar.

Afuera la gente estaba agolpándose, intentaba echar la puerta

abajo. Los disparos, uno y otro y otro más, los habían congregado y llamaban. Quintana apuntó a la puerta y disparó también. Tras las cortinas se escucharon gritos. Largos y agudos gritos.

Un teléfono móvil golpeó al profesor en la ceja, rasguñándole la cara. Apuntó sin mirar al intrépido tirador. El barbón, inocente del todo, fue herido. Candy, exánime en el piso, recibió las salpicaduras de sangre de su compañero antes de que otro disparo la hiciera rebotar. Como sacudida por una ola.

En el escritorio había municiones de sobra. Una rubia se derrumbó con un quejido. Quintana avanzó hacia los chicos apeñuscados en el último rincón de la clase. En la puerta se escucharon varios golpes más. La chapa no cedía.

La Policía, por supuesto, se encontraba estacionada afuera de la escuela, en espera del fin de los disparos. El secretario de Seguridad había dado la orden de que nadie moviera un dedo mientras los muertos fueran estudiantes. La orden de intervenir tardaría en llegar media hora. Uno de los agentes caminó a la esquina y compró un refresco.

Alguien, más tarde, se ocupó de evitar que lincharan a Quintana.

Alguien más dejó de gritar.

HISTORIA

1. Haría mal explicando los motivos profundos que movieron a los invasores, porque no los conozco. Pero me gusta especular. Viví durante años de espaldas a diarios y política, la cabeza metida en las calles como en una cubeta de agua. Eso sí: sé qué películas quiere ver la gente, sé qué juguetes compran los niños. Conozco el tipo de camisas que hay que comenzar a producir en serie para los pobres porque las usan los ricos. Sé todo lo que se vende y gran parte de lo que se compra, pero ignoro los rostros y nombres de quienes nos gobernaban, de quienes nos gobiernan.

2. Entiendo que el tráfico de drogas, el contrabando de órganos, el secuestro y homicidio de extranjeros, el estado de anarquía que priva y la migración masiva de miles de parias fueron una cereza tentadora para las bocas del enemigo, que pensó en meterse a fuerza a la casa y apoderarse de lo que pudiera mientras nadie controlaba la puerta.

3. No es simple explicarles a los ciudadanos de un país que debe mandarse un ejército a imponer la calma en un territorio vecino. A la antología de esos pretextos la llamamos Historia Universal.

3.1. Soy solamente el dependiente de un puestecito de *novedades* (artículos sin nada novedoso que justifique el mote) en el mercado, pero estudié dos semestres de Historia en la Universidad. A comparación de los vendedores de los puestos vecinos (uno de ellos me saluda todos los días con las manos llenas de joyas robadas), soy un sabio. Leo. Apláudanme. Gracias.

3.2. A mi país le gusta pensar que vive al margen de la Historia del planeta. Nuestros libros apenas hablan de otra cosa que no sea nuestra vieja y desastrosa Historia.

3.2.1. Nuestra Historia es una continua procesión de invasiones, unas cruentas, otras cómicas. ¿Por qué tendría que haber mejorado nuestra suerte? Apenas pasaron cien años sin que fuéramos

invadidos —el siglo había convertido en estatuas sin interés a todos los que pudieron advertirnos de la maldad extranjera— y ciertas personas daban por sentado que jamás volveríamos a serlo, que nuestras fronteras se mantendrían impenetrables.

4. Fuimos invadidos por primera vez hace tantos siglos que ni siquiera había un país esperando a los invasores. Desde el primer minuto del nacimiento de la nación estuvimos sometidos al capricho de los conquistadores: nuestro territorio es el pedazo de tierra que conservaron en su lucha con otros como ellos, otros quizá más perversos.

4.1. Los conquistadores, solía decir mi madre, eran hombres blancos como los de mi familia. Deberían ser también equivalentemente ineptos. En cualquier caso acabaron mezclándose con la población nativa y los esclavos y formando esta raza malsana, blanca y morena y negra, que veo por las calles, de la que formo parte aunque mi madre sostenga que nos parecemos a los conquistadores.

4.2. Jamás un extranjero me ha tomado por uno de ellos. Alguna miseria en mi porte, en mis ropas, debe advertirles mi naturaleza.

4.3. En el mercado me llamaron durante años el Güero, porque antes se le habían dicho a mi padre, un carnicero de ojos claros que aprovechó su pinta refinada para echarse encima de todas las mujeres del lugar, morenas, fofas o pálidas.

4.4. Mi madre vivía encerrada en casa, simulando padecer toda clase de males respiratorios. Parece haber vivido unos cuantos años tranquilos así, quejándose del clima y los malos modales de la sirvienta, aliviada de responsabilidades conyugales. Mi padre llegaba a casa tan cansado de yacer con puesteras que no volvió a ponerle una mano encima.

5. La mayor invasión extranjera de nuestra Historia terminó con la pérdida de la mitad del territorio nacional. La siguiente fue apenas un encontronazo que dejó unos cuantos muertos por lado: una turba se había comido los bollitos de un panadero extranjero y este pidió ayuda a su gobierno, que envió una expedición punitiva. Una tercera impuso un gobierno durante unos años y convirtió (de membrete) esta ruina de país en un Imperio.

5.1. Aquello debió resultarles tan increíble a los habitantes que se rebelaron en masa.

5.2. Uno acepta pasar hambres en una simple república, pero de un Imperio se espera la salvación terrenal y no la perfección de la miseria. (De acuerdo: eso lo pienso sólo yo, que en el fondo añoro el Imperio, su boato y estupidez esencial).

5.3. Los rebeldes derrotaron con muchos trabajos a los invasores, fusilaron al emperador y fundaron una república torpe, corrompida y lánguida, pero al menos coherente.

5.4. A quién se le ocurre llamar Imperio, *su* Imperio, a nuestro pantano.

6. Una de las consecuencias más interesantes de aquella tercera incursión extranjera fue que los soldados invasores, rubios y de grandes mostachos, engendraron —hipotéticamente— cientos de hijos en el país. Ignoro si resulta posible que tuvieran tiempo o fuerzas como para dedicarse a violar a tantas mujeres pero, a partir de su marcha, cada niño rubio que nacía les era atribuido a los coitos irregulares de las nativas con soldados extranjeros.

6.1. Muy probablemente tales casos, si los hubo, fueron aislados y minoritarios, pero era divertido enunciarlo y los aludidos se ofendían a tal grado —después de todo, los estaban llamando bastardos, palabra que tenía un peso específico dentro de los insultos de la época— que la versión se convirtió en Historia.

6.2. Es probable también que mi madre se casara con mi padre imaginándolo descendiente lejano de algún olvidado invasor.

7. Cada vez que hemos tenido una guerra civil, siquiera en escala de conato, alguien se apresura a invadirnos. En nuestra última revolución, por ejemplo, tres expediciones diferentes entraron al país y capturaron provincias enteras sin encontrar resistencia o topando solamente con una oposición simbólica.

8. Yo estudié en una escuela que llevaba el nombre de uno de los héroes que quiso resistir una de aquellas expediciones y fue, por ello, muerto. Naturalmente, era una fea escuela pública. Mi padre tenía el dinero necesario para enviarme a un colegio lleno de niñas de trenzas rubias, pero se negó a cumplirle a mi madre el deseo. Fui inscrito en una primaria federal.

8.1. Un compañero, en tercer grado, llevó a la escuela una revista ilustrada que me reveló el misterio del coito, al que jamás había dedicado un minuto de reflexión. El padre del culpable debió asistir a una junta con la maestra y un psicólogo escolar que fue

enviado especialmente por el inspector de la zona. Había sido un error lamentable, dijo el hombre, su hijo tomó sin permiso aquella revista de casa. La maestra y el inspector guardaron un silencio aterrado. Se decidió amonestar verbalmente al niño y olvidar el asunto.

9. Mi padre, supe después, era amigo de aquel hombre asombroso que aceptaba serenamente tener el revistero lleno de pornografía. El hombre atendía un puesto de crema y queso junto a nuestra carnicería. Era un sujeto calvo, parlanchín. Como único rasgo notable, solía beberse los viernes una botella entera de licor de plátano mientras escuchaba la radio.

9.1. Tenía una hija bajita y morena con un par de senos inmensos. Ella fue mi primera novia, la primera a la que toqué con alguna certeza de lo que hacía.

9.2. Un viernes, mientras su padre ingería su licor y tarareaba sus canciones, ella me condujo a la bodega del negocio, que tenía acondicionado el segundo piso como oficina. El cremero no cedía la copia de la llave ni a Dios, pero mi novia la obtuvo clandestinamente: había decidido aprovechar el segundo piso para consumar lo que habíamos comenzado e interrumpido tantas veces en rincones oscuros.

9.3. Espejos en todas las paredes y una cama roja: el aspecto era tan equívoco que nos infundió pocos ánimos. Abrimos un cajón y lo encontramos lleno de botes de lubricante. En un segundo cajón estaban los arreos de cuero. Mi novia fue a buscar un vaso de agua y volvió demudada, con un aparato dorado en las manos. Vibraba.

9.3.1. En un cajón final encontramos las fotos de su padre siendo sodomizado con el aparato por una mujer a quien ninguno de los dos conocíamos. Nos fuimos a consumar nuestro idilio a otra parte.

9.3.2. Años después, cuando el cremero había muerto y mi novia y yo habíamos dejado de dirigirnos la palabra —ella me engañó con un inspector municipal y yo a ella con una vendedora de electrodomésticos— supe que conservaba intacto y en uso el segundo piso de la bodega.

9.3.3. La caja del vibrador dorado, por cierto, estaba encima del escritorio, bien a la vista, en aquella cruza de oficina y mazmorra. El aparato era extranjero y se llamaba *The Pleasure Invader*.

9.3.4. Es decir: El Invasor placentero.

10. Algunas personas sostenían que era imposible que fuéramos invadidos de nuevo. No fue así: de hecho, hemos sido invadidos de nuevo.

11. Lo que se me ocurre, en cuanto sé que el primer soldado extranjero ha cruzado la frontera del norte, es que los hombres fantasearán con que él o sus colegas violen a sus esposas y novias y hermanas y vecinas o hasta a ellos mismos a punta de pistola.

12. Decido asomarme a los diarios en busca de noticias. Visito los bares. Pago tragos lo mismo a fastidiosos incontrolables que a hombres resecos y entregados al mutismo. Debo escuchar a un idiota declarar que sus abuelos eran rubios, «tenían aire de provincia» y descendían de los invasores.

12.1. Alguien, un joven y obeso profesor con mucho whisky en las venas, me envía a leer a Shakespeare. Tengo la sangre fría de meterme a una biblioteca, pedir el ajado ejemplar y dar con la cita. «Las damas de Francia esperan que seamos desplazados para ofrecerse a los ingleses y restaurar Francia con hijos bastardos». Tal cosa dice el Delfín. Tal cosa temen y desean todos en este país. Quieren niños rubios, aunque sean de otros.

12.2. Corroboro mi teoría. ¿Cuál es mi teoría? Que a mis compatriotas los excita la posibilidad de que los extranjeros les quiten a sus mujeres. No puede saberse por ahora si la fantasía les encogerá los testículos o si, por el contrario, les causará palpitaciones demoniacas.

12.3. Salgo a la calle. Ofrezco pequeñas sumas de dinero a colegialas con apariencia de haber alcanzado el dominio de la química orgánica a fuerza de felaciones, ayudo con las bolsas del mercado a matronas malhabladas y obsequio cigarrillos en los cafés a treintonas en busca de alguien que las lleve al cine. Descubro que la mayor parte de las mujeres no están interesadas en los extranjeros y siguen pensando en sus novios, maridos, amigos. Quizá, como las hembras de ciertas tribus salvajes, no se sientan merecedoras de nada más que de un macho de su estirpe. O quizá sean sinceramente indistintas. Un matiz: a todas les gustan los niños rubios.

13. Los soldados extranjeros son pálidos, altos y estúpidos. Su fiereza hace irrelevante su bobería. Son veloces para avanzar y disparar. Leo en una revista (he comenzado a leerlas) que son, por

otro lado, sujetos sensibleros que mandan retratos a sus familias, tiemblan de miedo en sus tiendas de campaña y sueñan anémicamente con que las muchachas del país les abran los brazos, sonrían, los conduzcan a un lecho arrebatado y los hagan gemir.

13.1. Otros mandan a sus amigos fotografías de nativas desnudas, con trenzas y bocas ávidas y vulvas como gatos negros. Otros prefieren enviar retratos de nativos cosidos a tiros, a los que les ponen el pie encima, como cazadores que cobraron un buen ciervo.

13.2. Los extranjeros dicen que van a restablecer el orden en el país. En sus programas de televisión, los soldados aseguran que lo que buscan en la vida son el amor y la felicidad. Eso significa que están dispuestos a disparar a todo lo que se mueva con tal de salvar sus comodidades futuras.

13.3. O quizá, como Aquiles, aprendan a leer el amor en las miradas postreras de las chicas que matan. (He vuelto a la Biblioteca y no me avergüenza decirlo. Que se apene la gente que escucha la radio mientras se embriaga con licor de plátano, no aquella que aún se asoma a la *Iliada*).

13.4. Las primeras operaciones invasoras son de una velocidad inesperada. Nuestro ejército deserta en masa en la frontera, luego de algunas desastrosas escaramuzas.

13.5. Cuando la gente abuchea el paso de los reclutas forzosos que son enviados a sustituir a los traidores, no sospecha que quizá aquellos sujetos aterrados se convertirán en héroes populares al paso de unos siglos y sus nombres serán los de las feas escuelas del futuro.

13.6. Nunca se sabrá con precisión si algunos de ellos, los más bélicos, son miembros de los grupos armados ya existentes o si es que algún espíritu santo transmutará su alma de camino al norte, pero las unidades de reclutas eluden el avance de las columnas enemigas, atacan con saña un puesto fronterizo (cuelgan a los centinelas por los pulgares) y se internan en territorio extranjero.

13.7. La imaginación popular asegura que formarán una guerrilla en el país invasor y hostilizarán con éxito a las poblaciones enemigas. Yo sospecho, por haberlo oído del padre de un recluta en una cantina, que la mayor parte de ellos se dedicará a buscar empleo como jardinero, plomero o electricista. Si conservan el

ímpetu guerrero será, tan sólo, para convertirse en criminales.

13. 8. El país queda, pues, indefenso. Los soldados extranjeros forman pequeños contingentes para controlar cada ciudad de mediana importancia. Su general en jefe recibe los poderes de gobierno de manos de nuestro presidente menos de un mes después del comienzo de la invasión.

14. La ocupación había sido predicha por pensadores progresistas, según me cuenta un entusiasta, hace ya setenta y cinco años. Quienes emitieron la sentencia han muerto, pero sus descendientes se apresuraron a reclamar la gloria de la precognición de sus antepasados. Qué abnegación, pronosticar durante siete decenios y medio, sin falta, lo que sucedería y no ser atendidos jamás.

15. Mi padre nunca intentó inmiscuirse en política: se limitó a cortar carne en su local y a votar por los candidatos perdedores en cada elección convocada.

16. Han llegado los invasores. El tanque, voluminoso y verde, ocupa toda la calle. El puestero vecino corre y me llama a seguirlo. Alguien apaga las luces del mercado. Un portazo y la oscuridad. Mi torpeza, acrecentada por el miedo, hace que me enganche en el metal de la escalera. El miedo a caer. El miedo a quedarse. Hay un tanque frente a la puerta y escuchamos los chirridos del cañón al adoptar la posición de tiro. Está centrando la fachada del edificio.

17. El muchacho que me ayuda con el puesto no vino. Ni siquiera el día del Apocalipsis es capaz de aparecer cuando se le pide. Comerciantes y clientes, hermanados por una vez, huimos. Mientras nos deslizamos entre pasillos y portones imagino que alguna de nuestras colegas, alguna de las chicas que venden jugos, por ejemplo, estará detenida y será despojada de las ropas por manos pálidas e indistintas para ser entregada a los vicios de los soldados. Cabellos amarillos, fauces rojas.

17.1. ¿La violarían aunque fuera rubia? Alguna de las chicas de los jugos era rubia. Lo recuerdo. Otra invasora.

18. Escalamos a los tendederos de un edificio vecino y nos ocultamos entre las ropas. Al final de un pasadizo conformado por sábanas y calzones hay unas escaleras que descienden a la calle trasera. Con suerte no habrá otro tanque esperándonos. De lo contrario, nos detendrán y matarán. Aunque no he podido dejar de

pensar que soy blanco y deberían respetarme. El puestero que me acompaña no es blanco. ¿Lo abandonaré? ¿Llamaré a los invasores y les diré: «Como podrán observar, mi amigo no es como nosotros»?

19. Dicen que cuando están cerca los extranjeros, siempre huele a lo mismo, al blanqueador de sus uniformes. Incluso su mierda debe oler a blanqueador.

19.1. Los invasores son altos, fornidos, y más limpios que nosotros. Pero no van a alcanzarnos. Bajamos las escaleras metálicas al trote. No es momento para la discreción y nuestros pies resuenan. No hay tanques. Despunta la esperanza al fondo de la garganta cerrada.

19.2. El puestero cruza la calle en tres zancadas y se lanza por una callejuela convenientemente oscura. Lo sigo, sin aliento, moviendo los pies porque cómo se les detiene cuando uno teme ser acribillado.

19.3. La de los jugos estará desnuda en manos de algún artillero, en la trastienda de una verdulería, las faldas en el cuello. Invadida.

19.4. Creo que si pudiera correr a casa de mi padre, este sería un buen momento. Pero me sofocaré antes, caeré muerto sin necesidad de que me disparen. Ya siento el dolor mortífero naciéndome entre las costillas.

19.5. «Deja de voltear», gruñe el puestero, dos metros por delante de mí. Tengo las cintas de los zapatos desamarradas y cualquier persona sensata me daría un minuto para anudarlas antes de proseguir. Lloro. No puedo evitarlo, como no puedo evitar morderme las heridas en la boca una y otra vez hasta que vuelven a abrir.

19.6. Una nube de cristal y polvo avisa que el tanque ha volado la fachada del mercado. El estruendo llega un segundo después y nos derriba.

19.7. Imagino que aparecerán en cualquier momento, los invasores, con sus rifles de precisión y escucharé el silbido de los disparos junto a la cabeza. Se marcarán pequeños cráteres entre mis pies. Pero no aparece nadie, nos perdemos por la callejuela y no me detengo aunque soy blanco, no me detengo hasta que el puestero trastabilla y encontramos otro edificio donde meternos. Decenas de bolsas de basura destripadas en la entrada, leones de piedra que custodian el paso.

20. Escuchamos el zumbido de los helicópteros. Con fatiga, resoplando como ancianos, subimos los escalones. Tocamos una puerta, cualquiera. Nadie abre. Un potente olor a blanqueador infecta el aire. Serán ellos, que llegan. Finalmente, cede una puerta. Es una joven gorda y renegrida quien nos abre, el cabello teñido de rubio y los dientes cubiertos por casquillos de oro. Se sonríe ante nuestro miedo y nos franquea el paso.

Un minuto después, cuando diga que se llama Patria, volveré a llorar.

BOCA PEQUEÑA Y LABIOS DELGADOS

6 de mayo.

Recibo esta carta:

«No me pide, doctor, que escriba un texto que me explique ante usted y el resto de los carceleros. No: me exige que continúe a otro, que retome las líneas robadas a un infortunado como yo. Le aviso por adelantado que no lo conseguiré. Nada de lo que he escrito hasta ahora ha servido para explicarme y no me queda sino pensar que, ya que me encuentro preso y mi muerte se aproxima, no hay esperanza de que mi prosa llegue a las cercanías de lo que soy. ¿Escribir, pues, algo que no sea *mío*?

Una náusea, una abulia interminable, impidieron que le entregara estas cuartillas en su anterior visita. No es fácil fantasear entre rejas y más arduo aún es resignarse a hacerlo bajo la luz de esta lámpara y sobre la lisura de esta mesa, que iluminaron y apoyaron inútilmente a Gustavo López. No puedo considerar más que un presagio malsano, doctor, que me favoreciera usted con estos implementos, obsequiándome al tiempo con el dato de la identidad de su anterior propietario: el amigo asesinado en alguna celda adjunta.

Mi padre me enseñó que no resultaba conveniente utilizar los objetos personales de otro, ni sentarse en un asiento recién desocupado. Esa sensación de vergüenza me agobia cuando miro el círculo de luz sobre la mesa, doctor: la de ocupar un sanitario caliente. Siento náuseas, dije, pero lo que siento es odio. Porque incluso cuando usted descubra que mi presencia en este lugar es equivocada y monstruosa, me entregará al paredón o no moverá una mano para evitar que me arrastren ante él.

¿Asistió a la ejecución de Gustavo? ¿La miró impávido y sereno y fue capaz de fumar? ¿No sintió algún dolor al producirse la descarga, aunque fuera el de perder un paciente? Me obligo a

escribir, aterrado todavía por el calor de la lámpara y la mesa que pesan sobre mi cuerpo como los ropajes de un cadáver.

Conocí a Gustavo, y aunque quizá él no se habría llamado mi amigo, puedo decir que lo apreciaba. Cuando el resto de los escritores se cambiaban de banqueta para no cruzarse conmigo, sólo Gustavo siguió dejándose invitar las cervezas y conversando sobre el fútbol del domingo.

Durante nuestra primera entrevista, doctor, se mostró usted extrañado de que el autor del himno nacional hubiera sido arrestado. Podrá calibrar, entonces, el tamaño de la sorpresa y el espanto que me corroen. No estoy preso, como otros, por no creer, sino por *creer demasiado*. Mi convicción y fanatismo son tan lisos y sin fisuras que se toman por ironía.

No puedo escribir más. Espero que estas líneas sean, al menos en parte, un germen de lo que espera recibir.

Con atentos saludos de

Ricardo Bach».

17 de mayo.

La primera señal de la hipocresía de Bach fue la referencia patética a Gustavo López. Un hombre de verdad jamás habría agradecido como un cachorro la atención y amistad de un enemigo. Así, he tenido la ventaja de conocer el fondo último del pensamiento del preso desde un inicio: es un cordero en busca de afecto. Ha pretendido mostrarse dócil y confundido a la vez que ha vindicado su militancia, como si ese partidarismo no lo obligara a una virilidad que no parece capaz de mostrar.

Bach es rubio: boca pequeña y labios delgados. Compone unos gestos de desamparo, escudado en dos profundas ojeras, que han conmovido a más de un celador. Sospecho que ansían sodomizarlo, pero la guardia que he destacado y la cámara de seguridad lo impiden. Vestido con uniforme de reo y sin goma para el cabello disponible, se las ha tenido que arreglar como ha podido para mantener ese aspecto atildado del que parece orgulloso. Los trajes a la medida, el peine de carey y los zapatos deslumbrantes han sido sustituidos por un overol y botas de trabajo y la característica melenita de los retratos ha dado paso a un corte militar.

Me recibe con aspavientos de júbilo y sigue mis pasos como un

perrito, ofreciéndome la silla con un gesto señorial y afeminado que me humilla: una anciana atendida por un camarero. Se sienta sobre el jergón de la celda y fuma los cigarros que le entrego con deleite de niño.

Responde con precisión y resulta tan minucioso que me veo en la necesidad de contenerlo. Gustavo López, en la época en que lo traté, dejaba caer la ceniza del tabaco al suelo y su mayor gesto de higiene consistía en reunirla con el zapato luego de pisotear la colilla. Bach se esfuerza, en cambio, por mantener el piso de la celda impoluto y se ha procurado (quizá por medio de algún celador afecto a los pestañeos de sus ojos grises) un escobillón, un recogedor y un cesto con los que barre cada molécula de ceniza.

Lo he visitado tres veces y su cortesía ha sido expuesta de modo tan intenso que comienzo a dar crédito a la teoría de que se burla de nosotros. ¿Cómo explicarme, si no, esa atroz «Oda al falo de mi carcelero» que entregó junto con su primer reporte y que me he resistido a incluir en esta libreta?

Por otra parte, Bach parece contar con un suministro inagotable de objetos difícilmente asequibles para otros. Su lecho está cubierto por una cobija de lana en lugar de por una sábana percudida de orines. Cada vez que le entrego papel y bolígrafos, los une con gestos de gozo con las provisiones que guarda en una cajita de madera laqueada. Ha llegado a ofrecerme café y, ante mi sorpresa, ha revelado un cazo metálico con todo y filtro que luego manda calentar.

No he llegado al punto de hablar con la superioridad sobre sus privilegios, pero si en verdad se ha eliminado (o al menos dificultado) la posibilidad de que consiga estos objetos mediante caricias clandestinas, sólo el mesmerismo explica la obediencia que el personal de la cárcel parece rendirle.

Bach se deja ver animado pese al desgarro pueril con que escribe. Un solo vistazo a sus obras (*Virilidades* es el título de la más demencial: la cantata a un astronauta que se reproduce mediante clonación y conquista el universo, festejando cada paso de su carrera con orgías donde se ayunta copiosamente consigo mismo) me ha provocado una antipatía que no experimentaba por nadie hace años. Comprendo que, tal como confiesa, el resto de los escritores de la ciudad se cambiaran de banqueta al mirarlo.

Comprendo que sus correligionarios se apresuraran a meterlo a la cárcel. A un hombre como Ricardo Bach habría que ahorcarlo.

19 de mayo.

«Caro doctor:

El pesar y el miedo no remiten, pese a sus ilustradas y apaciguadoras pláticas. He soñado con un grupo de fieros sacerdotes, moteados sus vestidos como el pelaje de jaguares, que me conducen a una montaña de fuego, me desnudan y arrojan a las bocas humeantes. He soñado, sin embargo, que en el último instante, un anciano de agilidad asombrosa se lanza tras de mí y consigue llevarme a la orilla. ¿Qué significado podrá tener este sueño, doctor? ¿Acaso habrá algún bondadoso que evite mi destrucción antes de que suene la hora final en el campanario de mi vida? Quisiera que estuviera usted aquí, doctor, conmigo, ahora mismo. Estaría más tranquilo ante su augusta presencia, la más consoladora de las que pueblan estos, mis días finales.

Lo espera con impaciencia,

Ricardo Bach».

20 de mayo.

Las insinuaciones de Bach me perturban. No porque me vaya a ver arrastrado, como pajarillo bajo el hechizo de una serpiente, a correr a su celda y poseerlo. No: tengo la seguridad de que este imbécil se burla de nosotros y necesito definir la forma en que hemos de triturarlo. Gustavo López fue sincero al entregar los textos que se le requerían y así fue consumada su perdición. Pero doblegar a un ser esquivo como Bach requerirá del uso de recursos más sutiles. Quizá mi primer dictamen fue erróneo y no es un cordero sino un chacal lo que tenemos cautivo. Por ello, la primera medida será retirarle las comodidades y sustituirlas por otras menos convenientes. No tendrá una cobija de lana, sino un edredón rosa. No gastará un uniforme de preso, sino que lo obligaremos a vestir camiseta y pantaloncillos, como un niño. No tendrá papel y bolígrafo, sino una máquina en la que podremos ver lo que pergeñe. Mantendremos en reparación indefinida el sanitario de su celda y apenas le permitiremos una visita diaria a los baños colectivos. Por lo pronto, esta noche se apagarán todas las luces del Reclusorio

Federal Número Uno salvo las que alumbran la celda de Ricardo Bach.

29 de mayo.

«Doctor:

Le escribe el más desgraciado de sus pacientes. Sé que no debo culparlo por las humillaciones que se me han infligido, sé que su misión es auxiliarme y procurar mi curación. Por ello recurro a usted para rogar que me sean proporcionados solamente los implementos comunes de los que gozan los internos de esta cárcel. No deseo estas ropas de niño que me orillan a usar, ni este cobertor de marica que han instalado en mi cama. Entiendo que mi cafetera resultara una exageración, pero sustituirla por un expendedor de crema para manos no parece comprensible. La luz fría me quema los ojos, doctor, y la carencia de un sanitario, pues el mío que sigue descompuesto tras nueve días de reparaciones, me hace padecer indecibles tormentos. Si no he escrito en esta máquina que se me ha proporcionado no es por suspicacia, querido doctor, sino porque mi decaída salud y ánimo lo impiden. Ayúdeme a que sean reinstaladas mis comodidades o al menos se me ponga al nivel de los otros y pídales a los custodios que retiren de mi celda los carteles de animalitos y el jabón de olor. Si me socorre, garantizo que pondré a su disposición informaciones preciosas, o curiosas al menos, sobre los hombres capturados en esta jaula: noticias de las que me suelo enterar en el patio, al que por ahora me resisto a salir vestido como un crío y víctima propiciatoria de una agresión (me niego a menos que se me conmine a fuerza de patadas en el vientre, lo que ya ha sucedido). Sé, por ejemplo, que los presos reservan un apodo singular para usted, con la pronunciación del cual lo humillan al tiempo que enaltecen su propio y carcomido ingenio. Venga a mi celda, consiga que me reinstalen el sanitario y la cafetera y me devuelvan las ropas de preso y prometo que seré su fiel aliado en la prisión, sus ojos y oídos en el patio, su infatigable indagador de pasillos.

Trémulo,

Ricardo Bach».

4 de junio.

He encontrado a Bach demacrado, pero mi llegada lo reanima notoriamente. Me informa que mi intervención —parece creerme capaz, de hecho, de lo que soy capaz, característica no muy común entre los reclusos— ha procurado que le sean devueltas sus ropas y que su sanitario sirva al fin, al menos buena parte del día —he dado órdenes de que pasen tres horas entre sus evacuaciones y la posibilidad de que se las desagüe, para que su mazmorra adquiera el aroma nítido de mierda humana con que me he topado al llegar.

Le obsequio cigarros y le entrego personalmente una nueva cafetera. Sin que me lo pida, ofrezco una explicación de mi ausencia: me declaro convaleciente de gripa. Antes de que pueda continuar, él revuelve entre los objetos personales que conserva en su cajita laqueada y me obsequia unas petrificadas pastillas para la tos. Al ver que contemplo su regalo con desconfianza, me lo arrebata y estrella el empaque contra la mesa tres o cuatro veces, hasta que las piezas se desprenden unas de otras y resultan consumibles.

Sumiso, guarda silencio hasta que, directamente, lo interrogo por mi apodo. Se sonroja y comienza a relatar los pormenores de cada conversación de presos de la última semana: cuchicheos sobre la brutalidad de los guardias, murmullos contra la mala comida, disquisiciones sin sentido al respecto de lo que acontecerá o no en la calle. Algún loco jura que las explosiones que se dejan oír por las noches corresponden a las bombas con que sus camaradas pretenden sacarlo de prisión. Tomo nota y termino por reclamar que no me haya revelado el sobrenombre prometido. Sonríe: «No me obligue a descartarme, doctor. Permítame conservar ese dato inocuo por lo pronto, mientras hago algunas confirmaciones».

Ricardo Bach es un marica bastante atractivo.

10 de junio.

«Doctor:

He releído las páginas escritas por Gustavo López que usted gentilmente me proveyó. Temo que mi retórica resultará inútil para la misión que se me ha solicitado. Continuar la redacción de una prosa ajena, especialmente si el eje que la anima es la confesión íntima, se encuentra más allá de mis intereses y, sospecho, mis posibilidades. Tiemblo aún al recordar el fusilamiento de Gustavo,

imagino las sensaciones que lo arrebataron: el pecho inflado de sangre, flemas y pólvora, la respiración apagándose. Continuar la redacción de una confesión ajena equivale a una violación, a la desviación de la experiencia de otro, su confiscación y traición. A menos, claro, que convierta el manuscrito sentimental de Gustavo López en el de Ricardo Bach, texto aún más tramposo, pues la confidencia no ha sido nunca un tema de mi interés y le repele naturalmente a mi estilo. Insiste usted, doctor, y amenaza con devolverme el delantal y las zapatillas, implementos, por cierto, con los que negó antes cualquier relación. Se empeña en mirarme al otro lado de esa cámara de seguridad que retrata mi encierro y me pregunta, incesante como un mosquito, por el apodo que se le adjudica. Ya que representa mi última esperanza, al menos la única permitida para la escasa visión de un condenado, me afanaré en complacerlo. Corra usted, cuando lea este mensaje, al monitor donde acostumbre analizarme, encienda la máquina que le reporta mis palabras y, más pronto que tarde, encontrará las líneas requeridas. No me pida más: no me veo capaz de complacerlo otra vez.

Agotado,
Bach».

12 de junio.

Está sufriendo. Eso me parece, al menos, contemplar a través de la cámara. Pero Bach es un actor. Mañana veré si el resultado es el deseado. Cada texto que le arranque a su delirio matizará, desmentirá, y en definitiva borrará el de Gustavo López, cada uno será su igual o su caricatura, lo despojará de toda dignidad y peculiaridad y Gustavo López habrá muerto, deleitosamente, por segunda vez.

13 de junio.

En la máquina, en lugar de la información solicitada, encuentro un texto lleno de insultos dirigidos a mi santa madre, cuya autoría Bach me atribuye. Marica de mierda.

18 de junio.

Me han dicho que, antes de su detención, Bach estaba bien

considerado entre los poetillas de la Facultad, principales y casi únicos consumidores de sus escritos. Quizá en memoria de aquel éxito mínimo, su actitud resulta a tal extremo arrogante y brusca. Tras haber sido apaleado, luego de la broma que me jugó, se negó a recibirme en dos ocasiones distintas: debieron convencerlo a puñetazos de obedecer.

Lo percibo, al volver a su celda, en pleno declive. Rebasa apenas la treintena, pero el deterioro físico que le ha infligido la prisión es notable. La ropa le cuelga de unos brazos flacos y se le arremolina sobre un pecho hundido. El estropajo del cabello se le extingue y su cara de niña muestra una eterna mueca de acidez. Tiene un ojo clausurado por un moretón y las encías le sangran, quizá por mala higiene, quizá por la paliza que lo ha postrado en el jergón. Le ofrezco un cigarro y el pequeño tributo reblandece lo que le queda de altanería. Se abalanza y, un segundo después, humea con satisfacción.

Lo primero que me dice es que tiene una larga experiencia como paciente de psicólogos, así que poco le preocupa, en esta instancia final, tratar con otro más. Responde el nuevo cuestionario con letra firme y lenta, mal trazada pero comprensible. Pretendo interrogarlo sobre sus obras pero se resiste. Ahora, afirma, nada importa. Se confiesa entregado a la añoranza y la tarea de ganarse a los presos como público para recitales futuros. Yo, que me he preparado con algunas disquisiciones que demuestren la morbidez insoportable de su caso, decido creer en esa mentirosa redención y adopto una táctica distinta.

Con otro cigarro y el compromiso de conseguirle libros, obtengo su promesa de regresar al trabajo. Antes de que me marche, se acerca y corrige una vez más: «La política es cosa que me resultó siempre ajena y me limité a contemplar. A mí lo que me tiene en la cárcel, doctor, es el destino. Y quiero escribir sobre el destino porque me explicará mejor que mil manifiestos».

Comprendo que Bach ha decidido olvidarse de posiciones reivindicativas en espera de que la condena de muerte le sea remitida. Para animarlo a comenzar de inmediato, le obsequio el resto de los cigarros y ordeno que se le entregue papel y un atadillo de bolígrafos en lugar del ordenador. Sonríe con exhibición de sus rojas encías. Estoy seguro de que aprovechará esas hojas para

escribir contra mí. Si no por otra ofensa, estos tipos deberían estar presos por su ingratitud.

21 de junio.

Luego de la inevitable entrega de cigarros, Bach me ha cedido unas cuartillas de estilo moroso y reflexivo, sin mucho que ver con sus obras juveniles. Insiste con desesperado interés en que, si le doy tiempo y papel suficiente (da por sentado el tributo de cigarros, lo que no deja de ser revelador), podrá culminar la reescritura.

«Soy un desdichado, doctor. Apuesto a que sus informes no lo consignan, pero soy un carnicero, un vulgar. No le pido que me libere, sino que me trate, que olvide la circunstancia externa de que me opuse (por ignorancia) al gobierno (al menos eso es lo que se me ha ordenado pensar) y recuerde que soy un hombre que ha sufrido».

No entiendo cómo es que puede exponer parlamentos tan solemnes sin perder esa sonrisita en la que las encías no dejan de manar sangre, que unos flacos labios limpian cada tanto como los limpiaparabrisas de un automóvil.

Le recalco que su sentencia no podrá ser alterada, en ningún caso, por mi intervención y que me ha sido negado el poder de evadir a los acusados de su condena, incluso si los declaro locos. Recibe la información sin bajar la cabeza ni perder la compostura.

«No le pido la vida, doctor, sino tiempo para poner en papel lo que aprendí, lo que tengo ahora mismo en la cabeza. Nada de palabras en escapatoria del sentido: sólo sentido, sólo reflexión. No me lo niegue».

Le doy cigarros y le digo que me interesaría, claro, leer uno o dos capítulos de su puño y letra. Cuando se sienta seguro, cuando su estilo comience a mejorar y la sonrisa de su horrenda boca sea sincera, lo entregaré atado de manos para que lo ejecuten y me quedaré con la obra inacabada, bella como una estatua sin brazos.

Quizá presienta mis maquinaciones, porque antes de que me retire, desliza: «¿Sabe cómo lo llaman en el patio de la cárcel, doctor?».

Demuestro mi desinterés en el asunto marchándome de inmediato. Su risa me sigue pasillo abajo.

¿Cómo lo llaman? ¿Cómo lo llaman?

23 de junio.

Felicito a Bach por el trabajo entregado y le prometo que tendrá tiempo para escribir el resto. Se le mira satisfecho mientras enciende el cigarro y se acomoda los anteojos (¿Cómo habrá obtenido gafas, el miserable?). Dice que la poca luz que le concedemos le ha provocado jaquecas y una fuerte irritación de ojos que la manzanilla fracasó en contener. Ignoro la manera en la que pudo conseguir té en esta prisión insensible a toda necesidad humana, pero sospecho de los celadores. Le pregunto si alguno de los custodios lo ha asaltado. Responde con una carcajada que desplaza por un instante la máscara de afabilidad que se coloca ante mí y muestra su desprecio.

«No, doctor. Mi carne, como verá, es poca y no resulta ya apetecible. Si le preocupa la manera en que conseguí la manzanilla, le diré que a cambio de ella sólo tuve que ceder algunos de los cigarros con que usted, tan atentamente, me obsequia. El socio del trueque fue otro recluso, un profesor con quien hablo a veces, tomamos juntos el sol. Es un tráfico inocuo y confío que no lo delatará. Tengo amigos entre los presos».

La pregunto qué tantos. Ríe.

«Tengo amigos, doctor».

Adivino que ha improvisado la historia pues no hay tales amigos ni paseos ni tal profesor con los bolsillos llenos de manzanilla, y que la intención de Bach es que ordene que se coloque en su mazmorra una luz eléctrica y quizá, incluso, alguna silla donde pueda redactar con desahogo —escribe ahora tendido en su lecho, lo que hace su letra vacilante—.

Tengo prisa por hojear sus cuartillas. Ordeno que se le dé una ración extra de té. Debe captar la ironía, porque sonríe. Ahora que lo pienso, no ha dejado de sonreír jamás.

24 de junio.

Debo confesarlo: las cuartillas de Bach me interesan. Más todavía tras confirmar, gracias a los afanes de un par de agentes comisionados para dicha tarea, que algo contienen de verdad sobre su vida.

Pero basta ya: no puedo darme el lujo de ceder a un preso tales

privilegios y tantas sesiones. Cientos o miles más esperan por mí. Lamento no conocer el final de sus peripecias, pero si queremos —y queremos— quebrarlo, este es el momento.

Lo primero que nota es que no le he traído cigarros. Su sonrisa se hace, acaso, más forzada. Pero no decae. Tras de mí entran a la celda dos guardias que cargan con la mesa y la lámpara. Bach, se diría, está eufórico. Cuando le arrebato las hojas de papel comienza a reír con deleite.

«Ya veo, doctor, que nuestro acuerdo torna a su fin. Algunas noches pensaba que me permitiría terminar y que incluso sería capaz de enviar mis textos al extranjero, alguien me publicaría y mi nombre no se perdería en el caño, como el agua sucia. No tengo más que reír. Supongo que no volverá y me dejarán aquí, para siempre mudo. Pero parpadea. No: me llevarán a los paredones. Ya veo. Dirá usted que no debí desperdiciar mi tiempo. Yo replico que tan sólo hacía acopio de recursos y que esta circunstancia, la muerte, no detiene mi evolución. Incluso ahora pienso en frases y capítulos que existen desde que puedo concebirlos. La posteridad no importa».

Fastidiado por la perorata, me despido. Bach asiente y extiende la mano, que estrecho con vehemencia. Escucho que la reja se cierra y el candado se muerde la cola y me regodeo.

Vuelvo a mi oficina y a la cena, a mis valses y al expediente de esta noche, en la seguridad de que hemos silenciado a un hombre antes de que sus palabras lo salvaran.

Lástima: no tengo ánimos para leer expedientes.

Ceno mi avena y reviso, sin euforia, las breves páginas de Ricardo Bach que conservaré, para siempre, ocultas e inconclusas.

Amanece cuando llaman a la puerta.

Debo aceptar que no estoy preparado.

La sonrisa.

El hacha.

¿De dónde pudo sacar un hacha?

PAVURA

¿Que sean otros los que esperen? Jamás.

Cierro el turno a la hora precisa, confiero el control del escáner corporal a mi relevo, lo dejo entregado al tecleo de las claves kilométricas que debe ingresar al sistema para comprobar su identidad. Hay, siempre, una suerte de aprensión, de duda, al cederle la consola, el escáner, la silla. Mientras me marcho y él toma en su poder los registros, la línea de seguridad que atendemos en el aeropuerto se cierra al tránsito de pasajeros. No es por ese lapso de titubeo (previsto) que temo. No. Lo que me atenaza es el miedo a ceder mi parcela de observación; a dejar de ser, al menos por unas horas, el encargado de tutelar la puerta del país.

Mi esposa, si la desazón me hace despertar en mitad de la noche, recuerda que hay cientos, miles de líneas de seguridad iguales a la mía en decenas de aeropuertos, sin contar con que mi propia trinchera depende de tres guardas diferentes (cada turno se prolonga por ocho horas) y que los fines de semana se hace cargo de las instalaciones una empresa de seguridad distinta, con sus propios turnos y métodos, incomprensibles para mí. Me enfada que vea las cosas de ese modo tan simplón, la poseo furiosamente cada vez que me lo recuerda. Ella parece comprenderlo. No es imposible que lo propicie, incluso.

¿Que sean otros los que esperen la llegada? No.

Cierro mi turno a la hora precisa y entrego el control del escáner corporal a mi relevo. Se detendrá admirando las formas de ciertas mujeres o, arrastrado por una curiosidad temblorosa, de ciertos hombres; descubrirá quién se ha injertado metales o inyectado silicones en la carne; podrá comprobar el desastroso efecto de la inspección de seguridad sobre la lozanía de los miembros masculinos. Me irrita la poca solemnidad con que pulsa en la máquina principal las claves que probarán su identidad. Mientras

me retiro, el muy negligente saluda a grandes voces a los guardas de las líneas vecinas, que no son sus compañeros, pues cada línea reemplaza a su controlador cada ocho horas, pero en términos no coincidentes (la mano derecha debe vigilar a la izquierda). Experimento un malestar indefinido, perpetuo sin embargo: un zumbido de cabeza. Nunca he descubierto, entre los equipajes y seres que cruzan por el alcance visual de mi aparato, nada más sospechoso que un reloj despertador o el vibrador eléctrico de una pareja. Aún así, temo. Alguien, en algún momento, una mañana impávida o hastiada noche, penetrará el cerco, nos destruirá. Mi mujer recuerda que hace años que ningún aeroplano es desviado o tomado por malandrines, que es más la gente que se mata, sucede a diario, en las carreteras y nadie refuerza los controles por ello. Toma las cosas de un modo tan cínico que cierro los ojos, la poseo ferozmente. Ella ríe.

¿Que otros esperen a que el rostro señalado, pérfido, del mal, los contemple? Nunca. Soy yo quien debe encararlo.

Me he acostumbrado a esperar a que mi relevo entre en funciones, al final de mi turno y lo acompaño durante la primera hora de labor. Lo he orillado a teclear con diligencia y apuro sus claves de identidad, lo he convencido de omitir las cortesías y chanzas para con los colegas, de desmenuzar con el escáner corporal las carnes y entrañas de todo lo que se deslice a través de nuestra línea de seguridad aérea. Imagino que el niño de brazos que portean dos padres risueños puede haber sido atiborrado de algún líquido corrosivo y pernicioso que envenene la atmósfera; concibo posible que la matrona de cabellos nevados transporte un supositorio nuclear en el ano; doy por sentado que el turista de ojos sulfurados y pantalones cortos es, apenas, la caracterización de un despiadado cualquiera, uno que espera la señal de un colega, igualmente camuflado, para actuar, para poner en marcha una maniobra de horror incontestable. Antes de que el supervisor alcance nuestra posición y sospeche de mis intenciones (es del todo anómalo permanecer en el puesto más allá de la hora establecida), me retiro. Para justificar el retraso, digo a mi mujer que he decidido caminar a casa para fortalecer tendones y músculos, alistar los reflejos. Ella me invita a comprobárselo en la cama, la prestancia la intoxica. Es, a veces, una aduana más formidable que la que

custodio.

No puede, no debe ser que otros resistan lo que me corresponde a mí.

Me ha dado por presentarme a trabajar una hora antes de lo necesario, contagio mi angustia inquisidora a quien sea que me anteceda en la línea. Aconsejo segundas revisiones de bolsos y bolsillos; asesoro ángulos insólitos en que las cámaras deban ser inclinadas para obtener novedosos panoramas de lo que se escaquea a la mirada; atesoro la ambición de que sea mi línea la de más lento avance entre todos los controles de seguridad del aeropuerto y el país: la que represente un obstáculo insalvable, la que cualquiera que desee contrabandear armas o explosivos sepa que debería evitarse a cualquier costo. Porque, una vez que ese prestigio se asiente de modo incuestionable, los peores miserables del planeta querrán buscarme, darán por pensar que eludirme garantizará el éxito de sus planes. Me provoca tal entusiasmo la idea de que mi línea sea una carnada para los mayores bagres del río que he perdido la claridad mental: no sé ya si el chico que me releva es el mismo de siempre. Lo miro cetrino, hosco, amenazador. Permanezco a su lado las primeras horas de su turno y convenzo a los supervisores que me cercan de que tan sólo espero a que mi mujer venga a buscarme. Me creen, entienden que soy un profesional, un patriota. A mi esposa, en cambio, no hay modo de persuadirla de que la tardanza es normal. Teme a tal grado que le esté siendo infiel que debo revolcarme con ella cada noche y mostrarle que no he prodigado mis energías en las entrañas de otra.

No: que no sean otros los que esperen.

Los supervisores han terminado por entender mi lealtad, me han habilitado como instructor de los custodios novatos. Cumplo ahora un turno de ocho horas, extendido una antes y otra después, y los fines de semana acudo a las instalaciones de la empresa, a un par de kilómetros de casa, para charlar con los reclutas e indicarles las mejores tácticas para enfrentar lo inminente. No es infrecuente que, apenas logro agotar a mi mujer por las noches, me dedique a preparar materiales visuales o escritos que puedan resultar útiles para los novicios. También he concebido y presentado, para gran júbilo de la empresa, un sistema añadido de seguridad que nos permitirá saber de antemano si alguno de los voluntarios que

solicitan empleo es, en realidad, un infame que pretenda infiltrarnos. Espero lo peor: he conseguido que mi empresa comparta mi postura. Dejo mi rutina diaria, adopto la de un planeador de horrores. Analizamos los antecedentes raciales, religiosos, familiares, morales, intelectuales y físicos de los solicitantes. Les aplicamos cuestionarios-trampa y pruebas simuladas, les ofrecemos espacios de queja (falsos solicitantes comprensivos que invitan a hablar mal de la empresa o el gobierno) para conocer los resortes de su voluntad. Los obligamos a confesar, lágrimas y vómito de por medio, sus pobres secretos y nos apoderamos de ellos: aquel fue incapaz de cursar estudios superiores; aquella otra ha abortado los descuidos de todo un equipo de hockey. De tanto pisarlos y comprimirlos, conseguimos que se conviertan en sabuesos irritados, que olfateen cada culo que pase frente a sus morros como si, necesariamente, ocultara entre sus circunvoluciones el Apocalipsis. Por las noches, mientras me arrellano con mi mujer y nos tocamos, fantaseamos con los experimentos que puedan sugerírseles a los novatos para aplicarles a los pasajeros que lleguen a sus líneas de seguridad. Noches abrasadoras, esas.

En otoño, la empresa me comisiona para asistir a una convención nacional de guardas de aeropuerto. Mi salario ha mejorado, puedo comprar un traje azul y una corbata de origen vagamente italiano en el supermercado. Dedico las cinco noches de víspera a afilar una ponencia que deje en claro hacia dónde es necesario que camine nuestra profesión, en dónde habremos de golpear si es que vamos a defender hasta el final las atalayas que nos han sido delegadas. Mi mujer me acompaña a la capital (dormitamos once horas en un autobús) y permanece todo el día en la habitación del hotel en espera de mi regreso. Soy el penúltimo comisionado que toma la palabra en la clausura. Bramo de manera encendida: estamos hartos y tememos que los colegas que han ocupado provisionalmente nuestros puestos no hayan estado a la altura de la responsabilidad. Resaltan en las ojeras, en ranuras que se marcan en frentes y comisuras el temor de que nuestra reunión (que ha sido comentada por un par de diarios y un *show* televisivo) fuera nada más un acicate para que el enemigo acudiera en tropel ante nuestras puertas inermes.

Subo tanto la voz que no sé si resulto comprensible, pero veo que mis gritos han despertado la simpatía de los asistentes, que mis propuestas y consejos descienden sobre sus cabezas como un maná precioso. Siembro claridades y cosecho ovaciones. Decenas, cientos de colegas conmovidos me palmotean la espalda y me arrastran al bar del hotel. Hago doscientos brindis. Uno de los más exaltados, funcionario de una empresa multimillonaria (fue oficial en el ejército y sabe lo que hace) me parece digno de acompañarme a mi habitación. El amanecer se acerca. Hermano, me dice golpeándome una y otra vez el hombro, hermano, vamos a levantar esta patria, hermano, hermano. Mi esposa no ha dormido un minuto. Su pecho da un brinco cuando enciendo la luz y descubre que tenemos visitas. Se ha bebido la mitad del minibar, me revela y pronto estamos juntos en la alfombra los tres.

No sólo pasamos la mejor noche de nuestra vida desde la Universidad, sino que el colega, el hermano, me ofrece empleo. Dice, y pide que lo llamemos el Capitán, que es raro toparse con una pareja tan genuinamente patriota como la nuestra. Dice además que mi claridad para concebir y ejecutar la seguridad aeroportuaria del país debe ser mejor pagada y considerada de lo que ha sido por mi vieja empresa. No un mero guarda de aeropuerto: ahora seré el consejero y supervisor de todos, promete.

Recorro el país, muestro a contratistas y capacitadores mis flamantes hallazgos en cuanto a obstaculización del tránsito, exploración, voluntaria o no, de pasajeros, hipnosis y dominio psicológico del hipotético agresor. Mi esposa acompaña en mis expediciones en un principio, pero pronto decidimos que debe permanecer en casa (hemos comprado una propiedad rural con alberca y caballos) para atender las necesidades, volcánicas, del Capitán. He encontrado consuelo en la buena calidad de los aparatos electrónicos que me acompañan: agendas animadas, teléfonos coloridos, reproductores de películas y canciones.

Que no sean otros los que esperen.

Disfruto, sí, de las líneas de seguridad en cada aeropuerto que visito; gozo cuando soy detenido y maltratado, cuando soy orillado a desnudarme, a despojarme de zapatos y calzoncillos frente a los compañeros de fila, cuando mis documentos personales no son tomados por verdaderos, se me escolta a un cuarto cerrado y se me

empuja y escupe. Procuro dejarme encima anillos, cadenas, hebillas, todo lo que sea metálico y haga saltar las alarmas. He conseguido un arma y la oculto entre calcetines o camisetas para ver si la descubren. Me distraigo, a veces, seleccionando qué líquidos prohibidos, qué objetos punzocortantes deberé portar en el equipaje para ser más seguramente detenido. Insulto y empujo al negligente que me franquea el paso sin reparar en el peligro que represento. Y aunque bastaría con identificarme y mostrar la credencial que me acredita como asesor en seguridad para que todos los controles se abrieran a mi paso, prefiero demorarme y perfeccionar su inspección.

Temo, debo confesarlo, volver a casa y encontrar a mi mujer con el Capitán. Temo a los apetitos desmesurados de mi amigo. Por eso recorro el mapa entero, hago saltar los controles de seguridad, recuerdo a todos que el enemigo, el mal, la demencia infinita está ahí, afuera, y pretende colarse a nuestras entrañas. Si dormimos durante la guardia, si parpadeamos siquiera, entrará a nuestra casa. Y se instalará entre nosotros el miedo y no volveremos a dormir. Jamás.

Espérenlo, esperen siempre la llegada del miedo. Que no sean otros los que esperen.

HÉROE

Resuenan disparos en la lejanía. Calles oscuras y desiertas rodean la casa. Los grillos alardean. El viento estrella las ventanas contra sus marcos, pues los seguros que deberían evitarlo están rotos. Esto es una ruina y yo, metido a fuerzas por la ventana, un usurpador.

Tras horas de forcejeo, he conseguido que la radio funcione si la mantengo fija en cierta posición diagonal con respecto a la ventana. Un rayo de luz atraviesa las brumas e ilumina la carátula del aparato, deslumbrándome.

—Ha comenzado la retirada —dice, espectral, la voz que emite las noticias.

Se van, invictos pero derrotados.

La señal se interrumpe sin violencia. Suena, ahora, una musiquilla indistinta. Camino con parsimonia a la cocina y rebusco hasta dar con un vaso. Expulso la polvareda que lo ocupa y trato de enjuagarlo en el lavabo, del que sólo mana un escuálido hilo marrón. Termino limpiándolo con los faldones de la camisa y me sirvo el contenido de una jarra que no hay modo de saber cuándo fue servida o por qué mano inimaginable: la de alguien que ya ha muerto, la de alguien roto en el fondo de una mazmorra.

Decido volver a la ciudad. La mochila al hombro, el revólver metido en el bolsillo del pantalón, al alcance de la mano. Mis botas raspan la superficie rota del pavimento y hacen rodar piedrecillas: modesta marcha militar sincopada al ritmo de mi cansancio.

Tengo hambre. La vieja ciudad, al menos la parte de ella que soy capaz de reconocer, está a más de una hora de caminata bajo las estrellas. No veo rostros en ventanas o puertas ni luces en las esquinas. Están todos escondidos, temerosos de balas y botas.

El primer ser vivo con que me topo es un gato que se relame el pelaje echado en la cima de una barda, indiferente al clamor de

disparos que ha sido nuestra música de compañía desde la invasión. Metros después escucho los pasos sutiles de un niño o una pequeña mujer que se escabulle.

Estoy sucio y la compañía de mi aroma no resulta grata. Tendré que rasurarme estas barbas espinosas en cuanto logre dar con un baño, si es que alguno queda en la ciudad. Sí: debe haber lavabos calientes en las zonas donde los invasores establecieron cuarteles y confraternizaron con habitantes aterrados o arribistas; las zonas donde los compatriotas sirvieron a los generales y permitieron que sus hijas bailaran con los capitanes y se dejaran arrastrar a habitaciones oscuras para ser apretujadas contra las paredes o tendidas en los lechos; que les vendieron comida y ropa o se las obsequiaron y se acercaron a ellos para delatarnos a los demás incluso si la invasión nos resultaba indiferente, si considerábamos a nuestros viejos príncipes tan indeseables como quienes los sustituyeron.

Alguien debe estar de pie ahora mismo en los barrios del oeste, pistola en mano, exigiendo a los habitantes, otra vez temblorosos y acomodaticios, que le franqueen las puertas y envíen a su hija cargada con ropa y alimento. Y cómo poner en duda que lo obtendrán. Quién rechazaría una cena, un baño y una cama limpia, aunque acabara de emerger de la más cochambrosa celda de la república por culpa de su anfitrión.

Al fondo de una calle veo la primera farola encendida. Dos hombres oscuros me marcan el alto en la esquina. Ambos, como yo, unos desarrapados. Dan ternura, sus armas: un trapo anudado y repleto de piedras y una rama tallada para figurar garrote.

Levanto mi pistola y hablo. Comprenden que no soy un invasor y se acercan con júbilo.

—¡Es de los nuestros!

Debería desanimarlos. Jamás combatí a los invasores. Lo que hice fue escapar, como la hormiga que regresa al nido y lo encuentra aplastado a pisotones. Pero estoy cansado y me exhibo como un titán: levanto la manga de la camisa y muestro la cicatriz. Su silencio indica que han creído que la herida —provocada al caer durante una de mis habituales escapatorias— es una condecoración. Les indico que me sigan. Podrían ser útiles, si nos encontramos con alguna patrulla extraviada o morosa: parecen ideales para recibir

los disparos mientras huyo. Me escoltan con alegría, esgrimen sus armas. Me he dejado la pistola en la mano como símbolo de autoridad.

El estruendo de un avión nos sorprende. Saltamos a guarecernos tras unos cubos de basura. Pero lo que oímos no es el latigazo de un bombardero, sino el lento crujir de un transporte de tropas del que no distinguimos más que las lucecitas en las alas. No se veía uno así desde la invasión.

Debe ser cierto, entonces.

Se van.

La calle, ahora, está llena de niños descamisados. Nos descubren; se acercan con azoro.

—Somos *los nuestros* —dicen, con más jactancia que sintaxis, mis hombres.

Nos ovacionan. Alguno corre a casa y vuelve con un jarro de agua. Permito que mis hombres beban primero. Cuando sacio mi sed somos, una vez más, aclamados. Levanto la pistola en señal de despedida y reanudo la caminata.

Los niños nos siguen, armándose con lo primero que encuentran: tubos, piedras, el asta de una bandera que una mujer reseca ofrece desde un portal. Alguien me propone que enarbole el lienzo, pero fungir como abanderado me impediría utilizar la pistola y me convertiría, además, en el blanco de cualquier invasor.

Decido anudármela al cuello, a modo de capa.

Será mejor que sólo la miren quienes marchen a mi espalda.

Les servirá de consuelo.

Nuestro rítmico paso es aplaudido por un grupo de viejos reunidos para desvalijar un automóvil, uno de esos blindados con que los invasores patrullaban. No tiene señales de violencia, quizá se terminó el combustible y el conductor fue rescatado antes de la retirada. Uno de los viejos golpea el cofre del vehículo con un palo. Ni siquiera araña la bruñida superficie del metal. Le indico que se detenga y sus compañeros, fascinados por mi suciedad, la bandera a mi espalda y la corte de harapientos que me exalta, se apartan.

Con un gesto imperial, mando que mis niños recojan ramas y hojarasca y las apilen junto al cofre y las llantas. De dos saltos me encaramo al techo de la máquina. Mis acólitos prenden fuego al basural: las lenguas rojas chupetean las puertas del vehículo y los

neumáticos se contraen y desinflan. Mi auditorio lanza gritos retadores y aplaude cuando las llamas colapsan uno de los vidrios. Una multitud, a mis pies. Levanto los brazos y soy aplaudido. Lanzan al aire gritos refrenados durante meses inagotables.

Aparece un automóvil. Dos jóvenes pálidos, sonrientes y bien vestidos bajan de él. Usan grabadoras y comienza a hacer preguntas a quienes danzan alrededor. Ellos, leales, me señalan las suficientes veces como para que se comprenda que soy el líder y tendrán que solicitarme audiencia. Llevan una cámara con la que ya me han enfocado: surgiendo del fuego y la humareda, la bandera a la espalda. El adalid de una causa muda hasta mi aparición.

Repentinamente, comprendo lo que se espera.

Las llamas han alcanzado la capota del blindado sobre el que estoy de pie.

Y bramo.

Y salto.

Y vuelo.

La bandera revolotea a mi espalda, como una capa.

Me retratan en el momento exacto.

La imagen, su épico azar, alcanzará los libros de historia.

AGRADECIMIENTOS

El autor agradece a las publicaciones que dieron hospitalidad a versiones primarias de estos relatos: *La Tempestad; Cuaderno Salmón; Letras Libres; Etiqueta Negra; Revista Ñ*, de *Clarín; Odradek; Luvina; El Perro; Balbuceo; Picnic; La Vanguardia; Granta*. Va su gratitud, también, para los antólogos y traductores de algunos de estos textos.

ANTONIO ORTUÑO nació en Zapopan, Jalisco (México), en 1976. Ha publicado cuatro libros de relatos: *El jardín japonés* (2007), *La Señora Rojo* (2010), la antología personal *Agua corriente* (2015), *La vaga ambición* (2017), con el que obtuvo el V Premio Ribera del Duero y el Premio Bellas Artes Hispanoamericano Nellie Campobello, y *Esbirros* (2021). También es autor de las novelas *El buscador de cabezas* (2006), *Recursos humanos* (2007), *Ánima* (2011), *La fila india* (2013), *Blackboy* (2014, con el seudónimo «A. del Val»), *Méjico* (2015), *El rastro* (2016), *El Ojo de Vidrio* (2018) y *Olinka* (2019). Fue ganador del Premio de la Fundación Cuatrogatos, de Miami, al mejor libro juvenil por *El rastro* (2017) y finalista del premio Herralde de novela (Barcelona, 2007) por *Recursos humanos*. Ha sido traducido a diez idiomas. Actualmente es columnista de la edición americana del periódico *El País*.